

A VECES EL CIELO DEBE ESPERAR...

Protección

ISAÍAS CORTEJOSA



Protección

Proteccion

Libro 1

ISAÍAS CORTEJOSA

Para mi ángel de la guarda: MI PADRE



“Por su orgullo cae arrojado del cielo con toda su hueste de ángeles rebeldes para no volver a él jamás. Agita en derredor sus miradas, y blasfemo las fija en el empíreo, reflejándose en ellas el dolor más hondo, la consternación más grande, la soberbia más funesta y el odio más obstinado”

(Milton, El paraíso perdido, canto I)

Primera parte



Prólogo

El ángel se encontraba en el suelo, cabizbajo. Su forma humana parecía estar hecha a medida para él. Sus manos tocaban el suelo frío de aquella casa y de rodillas parecía rezar.

Aquella sombra se posicionó a su lado, envolviéndolo todo en un mar de tinieblas. Envolvió al ángel completamente.

—Ya sabes lo que tienes que hacer. —Le dijo con voz ronca entre un largo susurro que hizo estremecer el cuerpo puro de aquel ser de la luz.

El ángel lloró en silencio sin que la sombra se dé cuenta. Sus lagrimas cayeron hacia el suelo y parecía que le costaba trabajo incluso respirar.

—Si haces todo lo planeado, te lo devolveré. —Le dijo. Ambos sabían perfectamente a lo que se referían.

El ángel levantó la vista del suelo, dejando ver sus ojos y su pelo algo despeinado de humano. Asintió con la cabeza, no tenía el suficiente valor como para decir un sí tajante.

—Muy bien. —Volvió a hablar la sombra.

Esta comenzó a sobrevolar la sala de una forma rápida y repentina envolviendo todo a su paso de oscuridad y de un intenso calor propio del mismísimo infierno.

De pronto todo pareció quedar en silencio, la sombra paró al llegar arriba de las escaleras y comenzó a extenderse hacia arriba haciéndose cada vez más grande y adquiriendo forma.

De pronto le comenzaron a brotar piernas y brazos y a materializarse en una persona humana de piel blanca.

—Ya está todo listo. —Dijo mirándose atentamente de cerca sus nuevas manos.

El ángel volvió a mirar al suelo y sintió un miedo atroz. Sentía que estaba perdido, totalmente perdido.

Capítulo 1

Sueños

El sonido del despertador parece envolver el ambiente en tan solo unos segundos. El silencio se marcha de golpe y deja llegar el nuevo día al que no tenía aún muchas ganas de enfrentarme. El incesante sonido continúa ruidoso su trabajo, el cual le estaba dando resultado, me había despertado completamente.

Mi mano toca el plástico que envuelve aquel reloj de un color azulado y lo silencia con un pequeño golpe en la parte superior.

Abro lentamente los ojos con esfuerzo y noto la intensa luz que ya envuelve mi habitación entrando sin remedio por el gran ventanal de la izquierda. Desde la cama puedo ver toda la calle, la carretera y los cubos de basura que parecen rodearla, las casas vecinas con sus respectivos jardines y algunos niños jugando en ellos como si el día hubiese empezado hace mucho. Sonríó al ver que uno de ellos se cae al suelo mientras le da una patada al balón de fútbol y sonriente se levanta del césped que aún se encontraba humedecido por la humedad de la mañana.

Aparto las sabanas de mí y me pongo en pie. El pantalón corto, a rayas azul, y la camiseta de tirantes blanca era, aquella mañana, la composición de lo que podía llamarse un pijama de verano. Llevaba el pelo recogido en una coleta mal hecha realizada con el cansancio de la noche anterior por la incomodidad de no dormir con el pelo sobre la cara.

Suelto la coleta y dejo que el pelo salte hacia abajo dejando ver una melena algo larga, pero no tanto ya que únicamente me llegaba por menos de la mitad de la espalda.

Me cambio rápido de ropa, dejando aquel pijama doblado sobre la cama que ya también estaba hecha, bien colocados todos los cojines y las sabanas bien remetidas bajo el colchón.

Ahora mi indumentaria eran unos simples pantalones cortos que dejaban ver un poco de pierna y una camiseta de un gris claro de tirantes y el pelo definitivamente suelto.

El despertador vuelve a sonar con ímpetu interrumpiendo de nuevo el silencio que en la habitación reinaba.

Me dirijo decisivamente hacia a él y lo tiro al suelo siendo la mejor solución para que dejase de sonar. Pero su estorbo de sonido continuaba alarmando y gritando que ya era la hora de levantarse.

Lo cojo del suelo y aplazando a un lado la decisión de tirarlo hacia la pared y romperlo, abro el pequeño compartimento trasero y le quito las dos pilas que le daban la energía necesaria como para interrumpir el sueño.

Guardo las pilas en el cajón de la mesita de noche de color blanco de la derecha de mi cama. Ya hacía calor a aquella hora de la mañana y parecía que el verano se presentaba con fuerza en Madrid. Las vacaciones eran ya deseadas por aquellas personas de mi edad, o generalizando, por los estudiantes.

Eran las últimas dos semanas de clase, aquel día comenzaba la esperada cuenta atrás que descendía a paso lento hasta llegar el día de tirar los libros por el aire.

Me miro una última vez al espejo, me desordeno un poco el pelo para darle sensación de movimiento y me dirijo hacia la puerta. Corriendo bajo las escaleras, tropezando un par de veces, y freno bruscamente a unos centímetros de llegar a la puerta de la cocina casi dándome un golpe con la pared en la frente. Suspiro aliviada, me estiro la camiseta de tirantes y entro en la cocina.

Mi madre se encontraba ya tomando el café, ella se levantaba mucho antes que yo, desde la muerte de mi padre parecía que su refugio era el trabajo, un trabajo que parecía distraerla y para el cual se había preparado muchos años atrás. Era guía en un museo, esas personas que explican las esculturas y los cuadros de los distintos pintores a los visitantes.

—Buenos días —me dice sonriente, con la taza en la mano, de pie y apoyada en la encimera, me mira y vuelve a darle un sorbo a la taza.

—Buenos días.

Me acerco rápidamente a ella y le doy un beso en la mejilla.

—¿Te preparo unas tostadas antes de irme? —me pregunta dejando la taza sobre la mesa. Se pone recta, le cuesta recuperar un poco el equilibrio, al negarme a esas tostadas, se dirige hacia el mueble del pasillo donde guardamos las distintas llaves: Las llaves de la casa, del garaje y del coche.

—Hoy creo que llegaré un poco más tarde, no sé si vendré para comer. Te he dejado algo preparado en el microondas. Hoy vienen varios grupos numerosos al museo y han contratado ver casi todo. Intentaré no extenderme mucho pero no se cuanto tiempo me llevará exactamente.

Asiento con la cabeza, ahora yo tenía la taza en la mano. Mientras continuaba hablando había sacado el zumo de naranja de la nevera.

Mi madre me tira un beso desde la pequeña lejanía de la puerta.

—Juró que volveré, que vaya bien las clases —me dice riendo y cierra dando un leve portazo la puerta principal.

Suspiro al recordar aquello y le doy un sorbo a la taza.

Necesitaba tranquilidad.

Veinte minutos fue lo que tardó Laura en llegar a mi casa, veinte minutos empleado en desayunar algo decente. Laura es amiga desde la infancia. Envidiaba su pelo extremadamente rubio y sus ojos claros intensos. Su pelo estaba recogido en una trenza muy bien hecha caída hacia el lado derecho del hombro.

—Todos los lunes pasan igual, siempre me levanto tarde y con las prisas siempre llego temprano a tu casa —me dice dando un largo suspiro y apoyándose en la pared, junto a la puerta de la entrada.

—Si pusieras el despertador a una hora decente —le digo recordando el mío.

—Hoy lo he roto, lo he tirado al suelo. Es mucha tensión acumulada.

Comienzo a reírme al recordar mi acción.

—Yo le he quitado las pilas —le confieso.

Y reímos juntas, dándonos cuenta de la extrema gravedad de la tensión de los exámenes y de aquellos trabajos pendientes que aún no habíamos entregado.

Una de las mayores características de nuestra amistad, es que nos congeniamos muy bien. Por separado hacíamos lo mismo y juntas parecía que nos unía un único cerebro.

Recuerdo la cena de fin de curso, cuando pasamos a bachillerato, ambas nos presentamos con el mismo vestido de un color violeta.

Parecíamos gemelas, diferenciadas tan solo por el color de pelo y el peinado. A la mayoría de las chicas de nuestra edad les molestaría que otra, aunque fuese amiga, llevase su mismo vestido e incluso del mismo color. Nosotras, a diferencia, comenzamos a reírnos en aquel momento del pasado y a decirnos la una a la otra “Este vestido me suena de a verlo visto en una tienda del centro comercial”.

No nos importó en absoluto.

Aunque os preguntareis cual es nuestra mayor debilidad, por la que cordialmente decimos que competimos en algún sentido.

Esa debilidad a la que nos enfrentamos cada día tiene un nombre, y es un nombre propio que empieza por mayúscula: Alex.

Alex era un chico de nuestro instituto, alto, rubio, ojos verdes y por supuesto “popular” o lo que era sinónimo “inaccesible”.

A las dos nos gustaba el mismo chico, y aunque discutíamos en plan broma cuál sería la elegida, ambas sabíamos que nosotras no estábamos destinadas a ser “la elegida”, para eso ya estaba Carla, era la chica perfecta, tan perfecta que había desfilado incluso en un pequeño pase de modelos. Era una chica alta, morena, que parecía estar genéticamente programada para ser Miss.

Cuando la veíamos pasar por nuestro lado, la reacción de Laura y la mía era simplemente decir en un leve cuchicheo “Tal para cual”. Y es que realmente formaban la pareja perfecta.

—¿No estarás pensando en Alex? —me pregunta mientras recorremos el pasillo del instituto andando a paso lento y con las carpetas en mano. La mochila colgaba a un lado de nuestro hombro y el escándalo y el calor son completamente palpables.

El profesor Graw nos había confesado que el último trabajo de Biología sería por parejas, en orden de lista. Yo tenía completamente la suerte de ser la siguiente a Alex. Cuando salí tan ilusionada de clase, Laura me hace la pregunta.

—Claro... ser su pareja en el trabajo... ¿Me tocará a mi? —Pregunto en voz alta mientras Laura, masticando chicle, me mira con cara de repugnancia pero a la vez con una cierta gracia que me hace reír.

—Hombre... recordando que la última vez te tocó con Daniel y también te preguntaste lo mismo. No me haría muchas ilusiones —dijo fingiendo, como si pensara en voz alta.

Daniel era el típico chico listo de la clase, aquel que sacaba un nueve y medio y reclamaba al profesor:

—“Tiene que haber algún fallo, es imposible” —decía indignado mientras se colocaba bien las gafas.

Con él tendría el aprobado asegurado, con el miedo de que cometiese un fallo en su impecable trabajo lo haría todo él solo, y mi único “trabajo” sería poner mi nombre al final. Aunque yo no deseaba eso, yo deseaba pasar el rato con Alex buscando información en la biblioteca, hablar de nuestras vidas y suspender el trabajo por distraernos demasiado y fugarnos a una isla desierta en verano.

Mis sueños eran completamente claros, pero cada vez que bajaba arrogantemente a la tierra, allí se encontraba Laura, mirándome, enarcando una ceja y masticando chicle con la boca bien abierta.

—Sigue soñando —me dice mi mejor amiga continuando andando por el pasillo y dejándome a mí atrás.

Cierro los ojos y deseo con todas mis fuerzas que se cumpla aquello en lo que pienso. Aunque sabía que era del todo imposible.

Pasados cinco minutos abro los ojos y miro el reloj, llegaba tarde a las siguientes clases de matemáticas. Corro y encuentro a Laura.

—¿Dónde estabas? Creía que venias tras de mí —me dice riéndose de mi gran despiste.

Yo no contesto y ambas entramos en la clase.

En la clase se respiraba el calor y el sofoco del verano, aunque las ventanas se encontraban completamente abiertas, el aire parecía haberse extinguido. El profesor comenzó a escribir las distintas derivadas en la pizarra mientras que Laura, sentada a mi lado seguía con la conversación de antes.

—Por lo menos tienes suerte de tenerlo tan cerca en la lista —me dice mientras saca de la carpeta unas cuantas hojas cuadriculadas en blanco.

Comienzo a reírme. Eso era completamente verdad, en algún sentido lo tenía cerca aunque solo fuese en una lista de papel.

De pronto Alex entra en la clase. Con una camiseta verde claro del color de sus ojos y su melena rubia bien peinada. Con la bandolera colgada hacia el lado derecho, se disculpa ante el profesor por haber llegado tarde.

—Lo siento, estaba hablando con la directora —le dice con su típica sonrisa de niño bueno.

Cuando me doy cuenta, la cara de Laura también parecía sonreír de la misma forma, mientras lo mira con los codos sobre la mesa y los ojos abiertos como platos.

Sabíamos que la excusa utilizada por Alex era completamente mentira, la directora no hablaba con los alumnos entre clase y clase, y aunque el profesor también lo sabía con exactitud, pareció hacer una excepción.

—Siéntate en tu sitio —dijo con la tiza en la mano.

Alex continuó andando pasando por el pequeño pasillo realizado entre las mesas y se sentó al final de la fila. Laura lo seguía con la mirada como si fuese un imán o algo parecido.

—¡Laura, córtate un poco! —le susurro mientras le doy un golpecito en el brazo.

Ella parece salir del trance mediante mi táctica y vuelve a la normalidad pestañeando un par de veces seguidas.

—Uffff —dice suspirando entre risas.

Ambas continuamos dando la clase con total normalidad. Matemáticas era esa asignatura que tanto odiábamos y por el trabajo que nos costaba aprobar los exámenes debíamos de estar muy atentas por si teníamos suerte y entendíamos algo.

Pasó la hora con rapidez y tras sonar el timbre, ambas nos levantamos a la vez. Alex ya había salido de la clase cuando nosotras comenzamos a andar entre las mesas.

—¡Que clase más aburrida! —dijo Laura con la carpeta en la mano sin darse cuenta de que el profesor, tras ella, se estaba percatando de la conversación.

Continuamos andando a través del pasillo lleno de taquillas y de personas corriendo en todas las direcciones. Había muchos ruidos, voces hablando a la vez y de fondo golpes y estruendos en las taquillas. Laura continuaba hablándome, pero yo no la escuchaba. La veía mover rápidamente los labios pero de ellos no salía ningún sonido.

De pronto todo el estruendo del pasillo se encontraba en un extremo silencio, donde la gente hablaba con normalidad pero de sus gargantas no salía ni una débil voz.

El tiempo parecía detenerse, andaban de forma más lenta, cerraban las taquillas de forma más lenta e incluso pestañeaban de forma más lenta. Tenía la sensación de estar en una película a cámara lenta sin sonido, donde yo era la única que me movía y hablaba con normalidad.

De pronto en una de las taquillas de la esquina apareció una joven de pelo rojizo vestida de colores negros y tonos blancos. Sus ojos eran de un color anaranjado y tenía la piel algo pálida.

Me miraba escondida tras la taquilla de la esquina, asomada delicadamente tocando con una mano el metal frío azul.

De pronto todo comenzó a volverse incluso más lento y el silencio continuó siendo espeso e inquebrantable.

La chica continuaba mirándome de forma extraña, como con una pizca de asombro e incluso no pestañeaba. Sus característicos ojos parecían brillar aún más.

Las personas del pasillo fueron desapareciendo, una tras otra. Desaparecía el color de las paredes y el del suelo, convirtiéndose en un tono blanco intenso, las taquillas se borraban hacia arriba desintegrándose completamente.

Laura también había desaparecido de mi lado y cuando quise darme cuenta, había desaparecido el escenario del instituto completamente. Ahora me encontraba en un lugar blanco, reluciente que parecía brillar con luz propia.

La chica pelirroja que estaba escondida en una de las taquillas, ahora se encontraba en la lejanía de pié, y continuaba mirándome fijamente.

—Eva —dijo mi nombre entre susurros y comenzó a acercarse hacia mí muy lentamente, como si no hubiese prisas. El tiempo parecía haberse parado.

—Eva. —Volvió a repetir.

Andaba hacia mí a un ritmo lento pero a los pocos segundos ya estaba frente a mí, a unos pocos centímetros de mi cara.

—Te estamos esperando —me dijo con una voz dulce entre susurros.

—¿Quiénes me están esperando? —pregunto, armándome de valor. Era muy extraño lo que estaba ocurriendo.

La chica pelirroja, comenzó a reírse de una forma delicada, tapándose la sonrisa con una de las manos. Su conjunto oscuro se había convertido ahora en un vestido blanco completamente liso y muy largo cubriéndole incluso los pies.

Su pelo brillaba con más intensidad y sus ojos parecían sobrenaturales, un color anaranjado brillante que en la cercanía eran más intensos.

—¿Quiénes me están esperando? —vuelvo a repetir en voz baja. Sentía relajación, estaba despreocupada totalmente.

Ella se acerca unos centímetros más, puedo oler su aroma como a rosas, a flores recién cortadas.

Pone la mano sobre mi corazón, su piel era suave y era más pálida que antes. Noto mis latidos, lentos y firmes. Me encontraba completamente tranquila aunque la situación era del todo irreal. Incluso tenía algo de sueño, mis parpados caían pero yo me resistía.

—Nosotros, los Án... —me dice en voz baja, sin escuchar la última palabra. Aparta la mano de mi pecho, de mi corazón.

Y sin poder terminar de escuchar lo que quería decirme caigo rendida al suelo en un completo sueño. Cierro los ojos y aquel lugar de un blanco intenso desaparece en la oscuridad de mis pupilas.

Capítulo 2

Preparada

El rostro de Laura aparece frente a mí, borrosa e inexplicablemente. Siento el suelo frío y caigo en la conclusión de que estoy tumbada en mitad del pasillo del instituto. Una multitud se agrupa a mí alrededor.

—¡Apartaos! ¡No la agobiéis! —gritaba Laura con los brazos extendidos, cuando descubrió que había abierto los ojos.

Las personas agrupadas a mi alrededor, entre ellas pude reconocer a Daniel por el tamaño de sus gafas, fue apartándose lentamente hacia atrás dejando un poco más de espacio.

—¿Estás bien?

Laura se agachó al ver que intento ponerme en pie.

—Sí, no sé lo que me ha pasado. Debe de haber sido el calor. Le digo tocándome la cabeza. No me dolía ninguna parte del cuerpo, no estaba mareada ni me encontraba mal... ¿Qué me había hecho caer al suelo? Aquel “sueño” raro que había tenido, no me explicaba nada, un sueño como todos los demás, sin sentido y extraño.

Definitivamente me pongo en pie, Laura me toma la mano. La multitud parece extenderse más, comienza a abrirse y deja paso al director del centro.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

Laura comienza a hablar en un tono calmado, cuenta que estaba a mi lado, hablándome y que de pronto caí rendida al suelo y no respondía. El director me mira, con su corbata de color rojo y su traje de un color grisáceo.

—Vamos a mi despacho, allí te pondrás cómoda mientras tus padres vienen a por ti, no tienes buena cara.

El director me coge por el otro brazo y con Laura a la derecha sosteniendo el otro brazo, atravesamos lentamente el túmulo de gente. Entramos en su despacho, un sofá tapizado me esperaba, parecía de piel.

—Aquí estarás mejor —dice el director mientras con la ayuda de Laura me sientan en aquel sofá brillante.

El director se dirige a su mesa de madera donde, sobre ella, se encontraba un teléfono, un ordenador portátil, dos libros uno encima del otro, un lapicero de donde asomaban varios bolígrafos y un marco con la foto de su familia.

El hombre una vez frente a su mesa, abre un cajón y saca una guía telefónica de un gran tamaño.

—¿Cuál es su nombre y curso?

El director mira a Laura, yo en cambio parezco invisible, nadie me pregunta y nadie pide mi opinión.

—Eva Ruiz de segundo de Bachiller A.

Comienza a pasar páginas de aquella guía y para, sorprendentemente, frente a una, levanta el teléfono y marca rápidamente.

—Estoy bien de verdad. —Le digo a Laura, que no me suelta la mano en ningún momento. Mientras el director parece hablar con mi madre.

—Tienes que descansar —me dice ella.

Una hora después me encontraba metida en la cama, mi madre había dejado el trabajo por hoy y aquel gran grupo de turistas tendían que ser atendidos por otro. Cada diez minutos se asomaba al umbral de la puerta, veía que seguía en la cama, que me encontraba bien y se iba.

Realmente no sabía la procedencia de aquel desmayo, podría haber sido ocasionado por el agobio y el calor. No me encontraba mal, al revés, tenía mucha más vitalidad de la que antes carecía.

Una brisa entraba por el gran ventanal, se estaba muy bien tumbada en la cama.

De pronto escucho que el teléfono suena, eran las doce de la mañana. Mi madre sube apresuradamente por las escaleras y entra de nuevo en mi habitación con el teléfono en la mano.

—Es para ti —me dice en voz baja. Mientras se vuelve al salón.

Me llevo el teléfono a la oreja.

—¿Si?

—¡Hola Eva! —dice la voz ilusionada. Era una voz dulce pero no era femenina.

—¿Quién es? —pregunto tímidamente mientras me acomodo en la cama. Pongo la espalda recta en la pared y me estiro completamente.

—Alex Gómez.... Estamos juntos en clase.

Me quedo pálida, noto que mi corazón se acelera por segundos llegando a unas elevadas pulsaciones... El chico más popular, por el que estábamos enamorada tanto Laura como yo, había conseguido el número de mi casa y me había llamado. ¿Cuál sería el motivo?

—Ahh, Claro, Alex... dime, ¿Ocurre algo? —Le pregunto, haciéndome un poco la indiferente al saber que era él.

—Ante todo te llamaba por lo del desmayo, me he enterado hace unos momentos, le pedí el numero a tu amiga y me metí en el baño para poder hablar contigo.

¿A mi amiga? ¿Le había pedido el número de casa a Laura? Si eso era cierto, Laura ahora mismo estaría echándome un mal de ojo o algo por el estilo, seguramente ni me hablaría. Alex me había metido en un gran lio.

—¿Cómo estás? —me pregunta, esta vez en voz más baja.

—Ya me encuentro un poco mejor, ha sido algo muy extraño lo de esta mañana. Gracias por preocuparte y llamar.

Todo aquello era bastante raro, Alex me conocía desde primaria, compartíamos clase desde ese curso y nunca habíamos hablado, jamás. Nos cruzábamos y parecía no existir, ni un simple saludo ni nada por el estilo. Siempre tenía la impresión de que me evitaba un poco. Debía de haber un buen motivo para su llamada, no creía ni por un segundo que su principal objetivo fuese informarse de mi estado de salud después del bochorno en el pasillo del instituto. Seguro que había algo más.

—Me alegro de que estés mucho mejor. Verás, hace un momento hemos terminado la clase de biología y se han comunicado las parejas para el trabajo.

—¿Si? —pregunto.

¿Estaría intentando decirme que me había tocado con él? A lo mejor después de haberlo deseado tantas veces, el deseo podría haberse hecho realidad.

—El profesor me ha pedido a mí que te diga quién es tu compañero... verás, tu compañero es...

¿TÚ? Me pregunté a mi misma una y otra vez ilusionada.

—Daniel —me dice, dando un suspiro—. Si mañana vas a clase, él mismo te dirá lo que tenéis que hacer y eso.

—Ahh, gracias por hacérmelo saber. Te has tomado muchas molestias preguntando el número y eso.

—Tranquila no es molestia.

De pronto el timbre se escucha tras el teléfono débilmente, en la lejanía.

—Bueno tengo que irme, me reclama historia —dice.

—Adiós y mejórate.

De pronto cuelga el teléfono.

Yo quedé allí tumbada en la cama, más pálida que las sabanas que cubrían la mitad de mis piernas, con el teléfono en la mano. Daniel sería de nuevo mi compañero de trabajo... mi deseo a la basura. Aunque había conseguido que Alex me llamase a casa, ya era algo.

—¡Gracias golpe de calor! —grito en mi interior.

Dejé el teléfono en la mesita de noche y poco a poco comencé a quedarme dormida.

Aquella tarde, el médico visitó mi casa. Era un hombre algo mayor de pelo canoso. Iba vestido con una camisa a cuadros de color rojo intenso y lo acompañaba un gran maletín de cuero.

Mi madre le abrió la puerta y ambos, segundos después, anduvieron hacia mi habitación. Yo llevaba todo el día tumbada en la cama y por mucho que le insistí a mi madre para que no llamase al doctor Méndez, ella lo hizo sin pensarlo dos veces.

Ambos entraron directamente a la habitación, primero el doctor Méndez con su ropa a conjuntada. Aquel hombre me había tratado desde pequeña y siempre me recibía con una sonrisa, sabía perfectamente que los médicos no eran lo mío y que odiaba todo lo relacionado con los hospitales y los asuntos de medicina, las malas experiencias es lo que tiene.

Le estaba también muy agradecida, él había tratado también a mi padre durante su enfermedad y lo visitaba cada semana y cuando no podía, llamaba desde la consulta. Era un hombre que se preocupaba por sus pacientes, un buen médico.

—¿Qué tal Eva? ¿Cómo te encuentras ahora? — me pregunta sentándose en la cama, deja el maletín en el suelo y de él saca el tensiómetro.

—Me encuentro bien ahora mismo —le digo con una sonrisa algo sobreactuada.

—Muy bien —dice él mientras enrollaba aquel aparato a mi brazo.

Mi madre se encontraba callada, junto a las puertas del armario y miraba con atención todo lo que el médico hacía o decía.

Aquel aparato empezó a apretar, cada vez más fuerte aunque no de una manera muy exagerada. Se volvió acolchado y noté las pulsaciones de mi corazón algo aceleradas e irregulares.

De pronto volvió a desinflarse velozmente. Méndez miraba una pantalla donde unos números aparecieron en grande.

—Muy bien, está todo bien. La tensión sanguínea y las pulsaciones, todo normal.

—¿Has tenido mareos? ¿Nauseas? — me pregunta mientras lo desenrolla de mi brazo y lo guarda de nuevo en su maletín.

—No —le digo—, cuando me desmayé comencé a verlo todo como a cámara lenta y los sonidos... se quedó todo en silencio. Luego apareció...

Quedé callada unos segundos, no quería continuar contando que había visto a una chica.

—¿Qué apareció Eva? — me pregunta mi madre algo preocupada.

El médico, agachado con el maletín a su lado, escuchaba con atención todo lo que estaba contando.

—Nada —dije definitivamente—, una tontería.

La habitación se quedó de nuevo en silencio y mi madre no preguntó más acerca de lo que vi antes de desmayarme.

—Bien... tu desmayo puede verse ocasionado por un agobio repentino, calor, una bajada de azúcar... de todas formas te haremos unos análisis de sangre para comprobar que todo está bien.

Mientras hablaba apuntaba en un pequeño blog. El médico se puso en pie y se dirigió hacia la puerta junto a mi madre.

—Descansa, cariño — me dice cerrando la puerta a su paso.

La habitación se queda de nuevo en silencio. Intento volver a quedarme dormida, pero parecía imposible. Me encontraba con energías para hacer cualquier cosa.

Me levanto de la cama, con decisión y noto un pequeño mareo al incorporarme que cesa en cuestión de segundos.

Me siento en el ventanal, rodeada de cojines y con una fina bata blanca anudada a la cintura. Miro el sol de la tarde, escondiéndose entre las casas. El cielo estaba coloreado de un tono rosáceo. Había sido un día tremendamente aburrido.

La imagen de aquella chica estaba presente en mi mente, intentaba convencerme de que era producto de mi imaginación, una alucinación producida por el desmayo, un mal sueño mientras estaba con los ojos cerrados. Su mensaje se encontraba presente todavía en el ambiente:

«Te estamos esperando».

Recuerdo mientras parezco volver a escuchar su dulce voz en un leve susurro. Vuelvo a notar su aroma a flores recién cortadas, una mezcla de lavanda y rosas.

Vuelvo a mirar el paisaje, la fusión del sol a mis espaldas y no dejo de pensar en lo anterior. Pareció tan real, tan inspirador y a la vez tan terrorífico para mí.

—¿Y si hubiese sido real? — me pregunto en voz alta mientras noto cómo el eco de mi voz retumba un poco en la habitación. Me pongo de pie y sin darme cuenta de mi actitud comienzo a dar vueltas por la habitación como una verdadera loca, una loca que se estaba planteando de forma seria que los ángeles existían y que, por supuesto, había hablado con uno.

Aquella loca era yo vestida en bata con el pelo un poco despeinado, dando vueltas al rededor de mi pequeña habitación mientras que mi cabeza también daba vueltas alrededor de varios planteamientos que justificasen el porqué de todo esto.

A la mañana siguiente me levanto con decisión, había caído en la estúpida conclusión de que el calor me había producido aquella alucinación imborrable de mi mente. Vuelvo a vestirme, esta vez más rápidamente. Que el día anterior le hubiese quitado las pilas a ese maldito despertador había causado que me levantase más tarde de lo habitual aquella mañana.

Me pongo una camisa blanca de mangas cortas, con un lazo del mismo color que se ajustaba a mi cintura perfectamente. Bajo esta camisa, una camiseta de cuello escotado del mismo color.

Recojo el pelo en una simple coleta y rápidamente, mirando constantemente el reloj de la habitación, bajo a desayunar.

—¿Estás segura de que quieres ir a clase? Puedes quedarte hoy si quieres, ayer nos llevamos un buen susto y es mejor que descanses.

Estaba apoyada de nuevo en la encimera con una taza llena de café en la mano derecha mientras tenía los brazos cruzados y una de las piernas apoyada en el mueble.

—Ya descansé bastante ayer mama, estoy bien. Además me vendrá bien salir un poco y ver a Laura. Debe de estar preocupada por lo que pasó ayer.

Y era completamente cierto ya que Laura me había llamado constantemente durante toda la tarde. Tenía el móvil lleno de llamadas perdidas que había descubierto a mitad de la madrugada. Tenía que verla, hablar con ella y decirle que todo estaba bien.

—Ayer me asusté muchísimo cariño —dice mi madre dejando la taza de café en la encimera, acercándose a mí y abrazándome tan fuerte como nunca lo había hecho.

—Por un momento pensé que te perdía —me confiesa entre sollozos.

Yo quedo pensativa, sorprendida y todos los adjetivos parecidos que existan en la lengua española. La abrazó también con fuerza.

—Nunca me perderás —le digo en un susurro.

Ella sonrío y deja de abrazarme levemente. Vuelve a mirarme mientras con la mano se seca unas cuantas lágrimas que comenzaban a resbalar por sus mejillas.

La cocina se queda de nuevo en silencio, solo el ruido de los coches y de algunos pájaros procedentes de la calle lo interrumpían.

—Tengo que darte algo —me dice, aún con los ojos llenos de lágrimas.

Yo quedo en silencio, y mientras miro como mi madre sale de la cocina y comienza a subir las escaleras en dirección a su cuarto, tomo asiento en uno de las sillas que rodean la mesa central y quedo sentada ahí, esperando e intrigada a la vez.

Escucho los pasos ligeros de mi madre en el piso de arriba, como se para unos segundos en un punto fijo, en el umbral de la puerta de su dormitorio, supongo. Escucho el golpe hueco de sus tacones al bajar los peldaños de las escaleras.

Unos minutos más tarde aparece de nuevo en la cocina, esta vez con un pequeño sobre de un color blanco intenso en la mano.

—Debí dártelo hace mucho tiempo, pero no sabía si estabas preparada. Ahora lo sé.

Anda hacia la mesa, donde yo apoyo los codos mientras me encuentro sentada. Mirándola fijamente.

Pone aquel sobre blanco en la mesa y lo arrastra con la mano hacia a mí.

—Tu padre te escribió algo antes de.... —Quedó callada unos momentos, se comió aquella palabra tan asquerosa que debía de ser una palabrota más en nuestro vocabulario. De pronto continúa hablando.

—Lo escribí, yo no sé lo que hay en su interior, nunca me lo dijo, solo me hizo saber que debía de dártelo cuando estuvieses preparada y me hizo jurar que no lo leyese. Solo tú debías saber que contenía el sobre.

—¿Papa? —le pregunto mientras su imagen vuelve a mi cabeza de una forma completamente instantánea.

—Así que aquí tienes el sobre, solo tú puedes leerlo. Así fue como él lo quiso.

Yo no hablo en ese tiempo, solo analizo todo lo que estaba pasando en aquel momento.

Mi madre mira su reloj, ella llegaba tarde al trabajo y yo al instituto. Me da un beso en la frente y tras coger las llaves del coche escucho como se aleja con este, calle abajo.

La casa vuelve a introducirse en ese temeroso silencio y yo, ahí sentada, tenía una carta de color blanco sin abrir frente a mí. Una carta que mi padre me había escrito y que solo yo tenía permiso para leer.

Capítulo 3

Las alas que busco

Aquella mañana Laura no se presentó en mi casa para ir juntas al instituto. Ella supondría que con lo del desmayo del día anterior me quedaría una buena temporada metida en la cama. Cojo la bandolera con los libros y meto entre las páginas del libro de Religión el sobre blanco, aún sin abrir.

Me la cuelgo del hombro derecho y salgo de la casa cerrando la puerta tras mi paso. Aquella mañana hacía sol, un día completamente caluroso. El verano cada vez se encontraba más cerca. Ya solo quedaban pocos días para las tan deseosas vacaciones que me ayudarían a descansar por fin.

Ando a paso ligero, recuerdo que llego tarde, y paso mi vecindario rápidamente en tan solo tres minutos y poco más.

Ando rápida, con decisión y sintiendo el peso de la bandolera. Me la cambio de hombro varias veces en el trayecto. A lo lejos, entre algunas casas blancas que formaban una zona de la calle principal pude visualizar la fachada de mi instituto. Aquella zona se encontraba llena de personas que andaban en distintas direcciones con mochilas colgadas de los hombros y carpetas sostenidas por ambas manos, pegadas al pecho como si fuese algo importante que debiesen de proteger a toda costa.

El timbre suena llenando el ambiente del ruido de los pasos ligeros, incluidos los míos, de las puertas de las aulas que se abren rápidamente a la vez, del movimiento de las sillas y de las mesas, de los sonidos que las personas creaban al hablar en voz alta con el compañero de al lado y sobre todo de unos cuantos borradores que volaban a través del pasillo. El instituto era un lugar donde se producía siempre un ruido constante, donde parecía que el silencio solo se encontraba en la biblioteca y a veces ni eso.

Entro en mi clase y después de haber pisado solo un par de losas, Laura ya se encontraba abrazándome fuertemente y haciéndome tantas preguntas seguidas como su rápida habla le permitía:

— ¿Estás bien?, ¿cómo te encuentras?, ¿qué te ha dicho el médico?, ¿a qué se debió el desmayo?

Sus preguntas fueron rápidas y muy seguidas, una tras otra sin descanso entre ellas para poder responder.

—Me encuentro bien, tranquila —le digo relajada, dándole un nuevo abrazo esta vez no tan fuerte como el primero.

Ella se agarra a mi brazo, como hacemos siempre y nos dirigimos hacia nuestro sitito en tercera fila.

—Por cierto —me dice con media sonrisa mientras tomaba asiento y sacaba las cosas de su mochila negra— ¿Qué te dijo ayer Alex? —me pregunta directamente. Entonces a mi mente llega la voz de Alex diciéndome de que le había pedido mi número a mi amiga, Laura.

—Nada —le contesto tajante—. Solo me llamó para decirme que Daniel va a ser mi pareja en el trabajo de Biología.

Laura empieza a reírse como una loca histérica, no la reconocí en aquel momento, parecía las brujas de cuento, una risa malévola, rápida y que a la vez te ponía los vellos de punta.

—¡Que mala suerte chica! ... pero bueno por lo menos te ha llamado y has hablado por primera vez con él.

Asiento sonriente aunque sabía que en el fondo Laura se alegraba de que no hubiésemos mantenido una conversación un tanto normal, de amigos.

El sonido del timbre suena mientras ambas ya estábamos sentadas y listas. Religión era una de esas clases donde realmente conversábamos entre todos, donde el libro no lo utilizábamos más que para hacer algunas de esas actividades con huequitos para rellenar con una simple palabra.

Saco el libro de la bandolera y lo coloco sobre la mesa, en ese mismo tiempo la profesora entra en la clase. Iba vestida con vaqueros y una camisa de manga corta, su pelo estaba recogido en un moño no muy perfeccionista y llevaba sus grades gafas colocadas sobre su alargada nariz. Entra sonriente, con varias carpetas en las manos y un bolso de un color marrón intenso.

Abro el libro sin mirarlo mientras observo como la profesora se sienta, dice su típico “Buenos días” y deja todo lo que lleva en la mesa.

—¿Qué es eso? —me pregunta Laura sentada a mi lado señalando el sobre blanco que sobresalía de entre las páginas del libro.

—Mi madre me lo dio esta mañana —le digo en un susurro al ver que la profesora había comenzado a hablar.

—¿Tu madre te ha escrito una carta? —pregunta extrañada de todo aquello. Mientras continúa señalando el libro y dándole la espalda a la profesora.

—No es de mi madre... —le digo con la voz un poco más baja aún—, me la escribió mi padre.

Laura queda callada y me mira con ternura, no podía evitar emocionarme un poco al nombrarlo pero aparenté normalidad. Toco la carta con la mano derecha notando el suave papel del que estaba compuesto el sobre.

—Puedes hablar conmigo siempre que lo necesites —me dice Laura cogiéndome la mano.

—Aún no he tenido el valor para... abrirla —me atrevo a decir.

Ella me mira entendiendo perfectamente mi respuesta.

—Podemos abrirlas juntas si quieres —me dice con una leve sonrisa.

Asiento con la cabeza y ambas notamos que la clase se queda en completo silencio. Alex, en voz alta comienza a leer la página del libro por el cual lo teníamos abierto.

Noto como Laura queda rendida, parecía caerle la baba. Yo en cambio miro la carta, no prestando atención a lo que Alex leía.

¿Estaría preparada para leer aquello que me aguardaba dentro del sobre?

La profesora da la espalda al alumnado y comienza a escribir en la pizarra con una diminuta tiza, las más comunes de nuestra pizarra.

Escribe una pequeña frase en letras mayúsculas, tapando algunas con su espalda.

—Hoy vamos a hablar del libro de Enoc. —La profesora toma asiento y nos mira con una pequeña sonrisa en su rostro—¿Alguien sabe de qué trata el libro de Enoc? —La pregunta de la profesora fue directa pero parecía que nadie podía contestarla.

A mi lado Laura parecía escribir algo en la página en blanco que tenía frente a ella. Concentrada, deja de escribir dejando el lápiz a su lado y levanta un poco la hoja para que pueda ver lo escrito en la hoja.

«¡ODIO RELIGIÓN! ». En letras mayúsculas, expresaba muy bien la opinión de Laura de una forma muy radical.

La clase continuaba en silencio. Nadie parecía poder responder a la pregunta de la profesora.

De pronto una mano se alzó entre los treinta alumnos. Un chico de pelo oscuro y ojos azules parecía saber la respuesta.

—Muy bien.... ¿Tu nombre? —le pregunta la profesora.

—Elder —le contesta el muchacho sin extrañarse de que la profesora no supiese su nombre—. Acabo de apuntarme en esta clase para estas tres últimas semanas.

La profesora lo mira fijamente bajando un poco las gafas. Miro a Elder por primera vez, sus ojos intensos por un segundo se posaron inocentemente en los míos, baja la mano y comienza a hablar.

—El libro de Enoc es un libro profético...

Cuando Elder parecía continuar a hablar, la profesora lo interrumpe.

—¿Qué es un libro profético? —pregunta esta vez quitándose las gafas y sosteniéndolas por una de las patillas con la mano derecha.

—Un libro que cuenta lo que pasará en un futuro... lo predice —dice Alex en voz alta sin levantar la mano.

Elder queda callado mientras Alex continua hablando.

—El libro de Enoc habla sobre el principio de la humanidad en la tierra. Enoc es llevado a los cielos y cuenta el enfado de Dios al regresar a la tierra después de llegar ante él. —Alex habla relajado y en voz alta mientras mueve el lápiz de una mano a otra.

La profesora lo sigue mirando, mientras Elder no parece quitar su mirada de él. Alex para de hablar y ambos chicos se miran con una mirada desafiante, como si estuviesen compitiendo por el saber.

—Muy bien —dijo la profesora poniéndose en pie.

—¿Y sobre qué más habla el libro de Enoc? —vuelve a preguntar mientras comienza a andar entre las mesas. Pasa a mi lado, yo escondo la carta con las manos y ella pasa desapercibida.

—Ángeles.

La palabra suena como una especie de eco en el interior de la clase, entre un espeso silencio la palabra parece activar de nuevo a la profesora.

—Muy bien... ¿Quién lo ha dicho? —decía orgullosa mientras Elder levantaba la mano. Vuelve a mirar a Alex, este deja el lápiz en la mesa y lo mira aún más serio. Podía notarse la tensión entre ellos desde mi distancia.

—Elder, has empezado con muy buen pie. —La profesora lo mira sonriente, asiente con la cabeza y vuelve a su sitio.

La clase de Religión terminó media hora después. Mientras recogía los libros pude ver a Elder vestido con una camisa azul claro y unos pantalones vaqueros, su pelo casi peinado y a la vez despeinado y varias pulseras de cuero en su muñeca derecha. Sostenía varios libros entre sus brazos y con su mochila colgada del hombro, sale por la puerta de la clase y desaparece entre la multitud del pasillo.

—¿Qué miras? —me pregunta Laura sonriente.

Yo no contesto pero ella continúa mirándome.

—Alex ha estado hoy genial... ¿No crees? —me pregunta.

—Sí —le contesto simplemente mientras ambas comenzábamos a andar hacia el pasillo.

—Bueno, ahora tenemos tiempo libre para comer... ¿Preparada para saber el contenido del sobre?

Laura parecía completamente intrigada, quería ayudarme, estar ahí conmigo para no pasar ese “angustioso momento” sola. Coge mi mano.

Asiento la cabeza y ambas nos mezclamos con la multitud de personas, mochilas y carpetas.

El patio se encontraba completamente lleno, estaba casi todo el instituto en un mismo recinto al aire libre. La zona de sombra, donde por suerte habíamos cogido un sitio junto a una mesa, estaba completamente atestada de personas con comida y apuntes para sus exámenes finales.

Nos sentamos en una de las mesas, la carta de aquel color blanco estaba en el centro de esta, y Laura y yo una frente a la otra mirando a aquel sobre que parecía estar reclamando su apertura.

—No sé si podré hacerlo —digo en voz alta cuando realmente lo que quería era pensarlo para mí.

Noto perfectamente cómo mis manos comienzan a temblar de una forma un tanto peculiar y como Laura coge mi mano.

—Relájate, estamos juntas —me dijo.

Recordar a mi padre en aquel tiempo era bastante duro, desde su fallecimiento me costaba la misma vida recordarlo sin soltar una diminuta lágrima. Laura coge el sobre y lo arrastra hacía mí. Lo tenía a pocos milímetros de mi mano y yo aún temblaba más.

Asiento con la cabeza y lo cojo por fin notando el tacto del papel en mis manos. Y cuando comienzo a romper el sobre por uno de los extremos, una tercera compañía aparece de la nada.

De pronto a nuestra derecha se encontraba Elder, con las manos en la mesa y un poco tímido. Aún sostenía la mochila aunque los libros no iban con él, esta vez.

—Perdonad que os moleste... pero ¿Me podríais decir donde se encuentra el departamento de Religión?

Su voz parecía aún más suave y fina que cuando estábamos en clase de Religión, aquel chico que parecía ser nuevo en el instituto pero que él sin embargo lo negaba era de lo más simpático, por lo que podíamos ver.

—Perdonad... no me he presentado, que grosero por mi parte. Mi nombre es Elder. Y estoy en vuestra clase de Religión, me apunte a finales de la semana pasada.

Ambas reímos, "*Que chico más educado*" pensé para mí.

—Ahh, encantada, mira yo soy Laura y esta es mi amiga Eva.

Laura nos presenta de una manera abierta, como si lo conociese de toda la vida. La verdad es que mi amiga siempre había sido muy sociable, aunque a veces llegaba a serlo demasiado.

Elder nos da la mano a cada una, yo aún no había participado en aquella conversación pero la carta que estaba junto a mí en aquella mesa parecía retener todos mis pensamientos.

— ¿Te ocurre algo? Estas...temblando — me dice Elder con cara de preocupación, sus ojos parecían brillar más aún con tanta intensidad que aquel azul claro parecían destellar un poco.

—No, no le ocurre nada... son los exámenes finales, ya sabes. Bueno... hablando de Religión, el departamento se encuentra en el segundo piso junto a la sala de profesores, segunda puerta a la derecha

—Gracias.... —Esta vez tartamudeó un poco.

Laura lo mira simpática “De nada, un placer conocerte”

—Bueno, tengo que irme, espero que podamos hablar más. Gracias —dijo ya alejándose.

— ¿No te parece un poco extraño que no sepa donde se encuentran los departamentos en un instituto tan pequeño como este sin ser nuevo? —le pregunto a Laura después de unos momentos en silencio.

—No, hay cada ejemplar... —me dice riéndose.

Cojo de nuevo la carta y esta vez la abro completamente.

Suspiro en voz alta y noto como mis pulsaciones se aceleran cada vez más. Meto la mano en el sobre donde encuentro una pequeña tarjeta y un colgante.

Pongo ambas cosas sobre la mesa.

—Qué bonito —me dice Laura cogiendo el colgante con las manos. Era de plata, con una cadena a juego donde en negro estaban inscritas unos signos algo raros.

Mientras Laura mira el colgante asombrada, yo me centro en la pequeña tarjeta donde en letras brillantes había escrito un mensaje:

“Retírate para encontrar las alas que buscas”

Miro esta frase durante unos minutos, Laura, aún con el colgante en la mano me mira sorprendida y algo alegre.

—Tenía buen gusto —me dice sonriente— ¿Qué es lo que pone? —pregunta.

Mi cara parecía decirlo todo, aunque no sabía exactamente lo que mi padre quería decirme con un colgante y una tarjeta con una frase que no decía exactamente nada.

—Es una frase —le digo aún asombrada.

Ambas nos miramos durante unos segundos, no entendíamos absolutamente nada.

Laura coge la tarjeta y la lee en voz alta. Luego me mira con un leve gesto de misterio en su rostro y la deja en el interior del sobre.

—Todo es cuestión de pensar ¿No crees?

Miro de nuevo el sobre y ante la atenta mirada de Laura me pregunto el significado de todo aquello.

Capítulo 4

Significados

Puede que aquel día pasara lento, muy lento.... Aunque las tres siguientes clases fueron largas y aburridas, yo no presté atención a ninguna de ellas, es más, podría decir que fue casi como no estar allí.

Mi mente se encontraba completamente ocupada en aquella carta que perniabierta se encontraba sobre la mesa, junto a los libros de historia.

Laura me mira preocupada durante las tres horas, tocándome a veces el brazo.

— ¿Te encuentras bien? — me preguntaba cada dos minutos entre susurros para que el profesor no se diese cuenta.

Yo siempre asentía con la cabeza. El colgante sobresalía un poco del sobre por uno de los extremos. Era tan brillante. Era un medallón muy curioso donde, grabado, se encontraban unos signos de un color oscuro. Era increíble.... Pero ¿Qué sentido podía tener?

Después de varias horas donde la segunda guerra mundial, las derivadas y el tiempo pasado en francés tuvieron parte del protagonismo, el timbre suena entre la alegría de multitud de personas como yo. Todos comienzan a guardar los libros, los bolígrafos y el resto de materiales en las mochilas y bandoleras.

Cojo el sobre con delicadeza pero de repente Daniel sale bruscamente con varios libros en la mano, golpeándome el brazo fuertemente haciéndome caer el sobre al suelo.

El sobre se abre con el golpe y el colgante sale disparado hacia un lado de la mesa. Un pequeño grito sordo sale de mi cuerpo y me agacho para volver a guardarlo todo. Al tocar el medallón, una mano se posa sobre la mía, fría como el hielo.

— Ups, ese Daniel tenía prisa ¿Verdad? — dice Elder mientras coge el medallón entre sus manos.

Ambos nos ponemos de pie, uno frente al otro. El queda pensativo mirando el colgante fijamente y acariciándolo con la mano.

— Es muy bonito.... ¿Te lo han regalado? — pregunta mientras me lo devuelve.

Yo sin mirarlo lo guardo de nuevo en el sobre.

—Es un regalo de mi padre —le digo sonriente.

Él queda callado durante unos minutos. Me mira fijamente a los ojos, su color es tan intenso.

—¿Por qué no te lo has colgado del cuello? —dice él mientras sigue mirándome. Yo continúo tocando el medallón, pero al mismo tiempo lo escucho.

—Ehh... —No sabía que contestarle. Me quedo completamente en blanco en un momento y no me sale una palabra fija para decir que me lo acababan de regalar.

—Anda, date la vuelta —me dice Elder con una sonrisa en la cara.

De pronto coge el colgante de entre mis manos, yo obedezco y me doy la vuelta justamente para que él pueda colgarlo de mi cuello.

Siento la plata fría en mi pecho durante unos instantes. Unas leves cosquillas comienzan tras mi cuello mientras Elder intenta cerrar el enganche.

Me doy la vuelta de nuevo.

—¿Ves? te queda muy bien —dice él, sonriente.

A mí también se me escapa una leve sonrisa y tras unos momentos de silencio Elder continúa andando hacia el pasillo.

Laura se une a mi lado.

—Es muy simpático ¿Verdad? —me pregunta.

Y yo quedo callada aún notando el medallón colgado de mi cuello. Elder parecía una persona muy especial.

Al final de la clase se encontraba Alex mirando serio la escena.

Aquella tarde comenzó como una de las más calurosas; después de comer junto a mi madre y de hacer parte de los deberes de matemáticas, saco la tarjeta del libro de Religión de nuevo.

Era tan pequeña, de un blanco tan brillante. Miro de nuevo la frase, moviéndola para ver como las letras brillan debido al reflejo de la lámpara que iluminaba la mesa, llena de libros

“Retírate para encontrar las alas que buscas”

Mi madre entra en mi habitación, con el bolso colgado del hombro derecho, maquillada con tonos leves y peinada con el pelo suelto y liso.

—Me han llamado del museo —dice apoyada en la puerta—. Volveré en unas horas. Ten cuidado.

Mientras habla escondo con la palma de la mano la pequeña tarjeta.

—Que te sea leve —le digo sonriente.

—Eso espero.

Se acerca a mí, me da un beso y sale con prisa de la habitación.

Escucho cómo la puerta principal cierra con un leve portazo y miro de nuevo la tarjeta.

De pronto se me ocurre algo, saco el móvil del bolsillo de mis vaqueros y busco el nombre de “Laura” en él.

Pasan algunos pitidos leves por mi oreja y al cabo de unos segundos Laura coge el móvil con un simpático “¿Dígame?”

—¿Tienes algo que hacer ahora? —Le digo directamente mientras guardo el sobre en el bolsillo.

—No... ¿Qué quieres hacer? —me pregunta con voz curiosa.

—Descubrir lo que mi padre quiere decirme con esta tarjeta.

Laura queda callada, deseosa de aquella respuesta, era la persona más curiosa que había conocido, siempre se enteraba de todo y aunque luego era una tumba, nunca podías ocultarle nada.

—En 10 minutos estoy en tu casa —dice rápidamente y cuelga sin dar tiempo a una despedida.

Dejo el móvil sobre la mesa y miro de nuevo la frase.

“Retírate para encontrar las alas que buscas”

Como prometió, Laura se encontraba en mi casa diez minutos después, había corrido bastante ya que no vivimos cerca. Iba vestida con la ropa de esta mañana en el

instituto pero con un peinado distinto, una coleta rápida que había hecho con prisa, seguro.

— ¿Por dónde empezamos? — me pregunta frotándose las manos mientras se sienta a mi lado en la mesa de escritorio.

Ambas quedamos calladas, la luz iluminaba perfectamente la tarjeta blanca que se encontraba en el centro de la mesa.

— Retírate para encontrar las alas que buscas. — Leo en voz alta—. ¿Qué querrá decir?

Laura se lleva las manos al pelo, vuelve a mirar la tarjeta y comienza a pensar en voz alta:

— Si dice algo de “buscar y de encontrar” es que tenemos que buscar algo. Hasta ahí la frase me queda clara — dice entre risas.

— ¿Pero eso de encontrar unas alas? ¿Por qué tengo que buscar unas alas? No tiene sentido.

— A lo mejor no estamos buscando “unas alas”, puede ser en un sentido figurado.... Puede ser un pájaro.

— ¿Y para que tengo yo que buscar un pájaro? — pregunto a Laura riéndome un poco mientras toco la tarjeta.

— Para encontrar lo que realmente buscamos.

Puede que la deducción de Laura pudiese tener algo de forma, con un poco de imaginación.

— ¿Dónde hay pájaros aquí en Madrid?

No solía andar mucho por nuestra ciudad, Madrid era enorme y yo tenía el gran defecto de perderme muy pronto. Andaba habitualmente por los mismos caminos, por las mismas calles y por los mismos barrios. Mi madre, al estar tanto tiempo en el museo, no era de esas personas que les gustase ver ciudad.

— Pues pájaros.... — Comienzo a pensar — ... en las plazas, en los parques, en el zoo.

Laura parece no escucharme.... Todo parecía tener un sentido para ella

— ¡Ahora lo entiendo! — grita Laura levantándose bruscamente de la silla.

— *Retírate para encontrar las alas que buscas.* — Lee en voz alta de nuevo por tercera vez.... — Ya nos dice a que parque debemos ir.

— Retírate... — Repito para mí.

— El parque del Retiro. — Contesta por fin Laura orgullosa de su deducción.

Un silencio inunda la habitación completamente. Laura comienza a dar vueltas por la habitación, pensando en su teoría sobre la tarjeta. La verdad es que parecía tener su lógica, hasta cierto punto.

Por el Retiro pasarían muchísimas clases de pájaros, ¿Y si la tarjeta se refiere a uno en concreto?

— ¿A qué pájaro puede referirse la tarjeta? — pregunto.

— ¿Palomas? Son los típicos pájaros de los parques.

— No... yo creo que la tarjeta se refiere a algo común, a algo sencillo que se ve a simple vista. A algo con alas y que se encuentra, como dices, en el parque del retiro.

Laura de pronto se sienta en la cama, callada y pensativa. Parecía no haber escuchado mis palabras.

— La fuente del Ángel Caído — dice en un susurro que escuché perfectamente.

“Retírate para encontrar las alas que buscas”

— El ángel caído del retiro — repito mientras escribo la palabra en Google buscando una foto en internet.

Laura se acerca al ordenador, feliz al creer que habíamos resuelto aquel particular misterio.

El ángel Caído de Ricardo Bellver reinaba en el centro de la pantalla del ordenador. La glorieta rodeada de árboles y la postura del Ángel que parecía atrapado entre serpientes dando un grito al cielo. Ambas nos fijamos directamente en las alas que sobresalían de la espalda de la estatua.

— Creo que hemos acertado — dice Laura contenta sin quitar los ojos de encima de la fuente.

—Yo también lo creo —digo mirando la tarjeta donde aquella frase desaparecía entre el blanco iluminado.

Después de compartir un bote de palomitas y de ver por quinta vez “Orgullo y prejuicio” Laura mira su reloj y se levanta sobresaltada del sofá.

—Tengo que irme, mi madre quiere que la acompañe a no sé dónde y ya llego tarde.

—Me levanto del sofá y ambas andamos hacia la puerta principal.

—Gracias por ayudarme... te debo una —le dije a Laura valorando de nuevo toda su ayuda y poder de deducción. Sin ella no habría averiguado nada sobre aquella misteriosa frase.

Laura me da dos besos.

—No hay de qué... mañana por la mañana paso a recogerte para el instituto.

Laura abre la puerta y se aleja bajando la calle.

La casa se queda completamente en silencio donde solo puede escucharse la música a piano de los créditos finales de la película en DVD.

Apago la televisión y miro el reloj.

Las nueve ya, pienso para mí, subo las escaleras y caigo en la cama, esperando la llegada de mi madre. Pero el sueño llego antes que ella.

Blanco, todo era completamente blanco, y siento que estoy tumbada boca arriba con las manos en el suelo. Me levanto y más blanco en las paredes, el suelo... Cada rincón era del mismo color. Tan brillante que no había ni un rincón de oscuridad. Intento hablar, pero mi voz parece haberse extinguido, no tengo voz e intento gritar para pedir ayuda.

Quedo quieta en aquel silencio absoluto y miro cómo alguien comienza a acercarse a mí. Anda con lentitud hacia mí.

—Eva —dice en un interminable susurro.

Todo parece haberse parado en el exterior. Su pelo rojizo estaba rizado y suelto e iba vestida con telas de color blanco, un vestido largo que parecía estar hecho de sabanas de seda.

—Eva —vuelve a repetir mi nombre con más intensidad.

—¡Evaaa! —me grita de repente.

Oscuridad, y de nuevo mi habitación.

Abro los ojos con pereza, el rostro de mi madre estaba sobre mí.

—Menos mal, te has quedado dormida.

—¿Tu me has llamado? —le pregunto.

—Varias veces.

Me levanto de la cama y me llevo las manos a la cara.

—¿Te encuentras bien? —Se agacha y me abraza.

—Sí, tranquila.

Había soñado con aquella chica por segunda vez, ella me llama, como si quisiese algo de mí.

La última vez me desmaye, ahora ella penetraba en mis sueños, y me llamaba desde ellos.

¿Qué quería de mí?

Sentía miedo, angustia, intriga. Me intentaba decir algo, mi padre también intentaba comunicarme algo y yo no me enteraba de nada. Dos personas querían algo de mí, pero no sabía exactamente qué.

Toco mi medallón frío con la mano derecha y miro la tarjetita donde la frase había desaparecido horas antes.

Si quería una respuesta, “debía retirarme”.

Capítulo 5

Piel Roja

Aquella mañana era una de las muchas, todos llegábamos cabizbajos a clase a pesar de ser viernes. Los últimos días eran los más largos del curso.

Estaba sentada, esperando la llegada de Laura, que me había dejado tirada en casa después de decir que iríamos juntas. Era completamente normal cuando sufría una de esas crisis donde no sabía qué conjunto de su armario ponerse. Cada vez que pasaba llegaba tarde.

Mirando a la puerta, espero. Entran varios alumnos, entre ellos Daniel con una sonrisita de oreja a oreja que sin pensarlo se dirige a mí rápidamente.

—El trabajo ya está echo. La biología es mi punto fuerte y si quiero sacar un diez como en el resto de asignaturas tenía que dejarte a un margen en el proceso.

No era la primera vez que Daniel hacía eso, me infravaloraba cada vez que nos tocaba hacer un trabajo juntos. Ya estaba acostumbrada, aunque realmente en el fondo no me importaba en absoluto. *Un trabajo menos y con muy buena nota*, pensaba siempre que pasaba algo así.

Daniel no bajó su sonrisa en ningún momento, dejó de mirarme y con varios libros en las manos, anduvo hacia su sitio: al final de la clase.

Segundos después entra Elder con su pelo corto y sus ojos intensos de un azul que ponía la piel de punta y tras él, Alex, el amor platónico de todas las que estábamos allí y principalmente el príncipe de Laura, por el que discutíamos casi todos los días.

—¿Qué tal estas.... Eva?

Tras unos minutos pensando en cómo llamarme, Elder aparece a mi lado, con una leve sonrisa en los labios. Yo no podía quitar su vista de mis ojos.

—Muy bien... —le digo con una voz débil, su hipnotización estaba dando resultado.

Alex pasa por nuestro lado en completo silencio, andando lentamente hacia su mesa. Su mirada se posa en la mía y por un momento parecía verlo suspirar.

—Veo que ya no te quitas el colgante —me dice sonriente. Yo le contesto con una sonrisa— ¿Sabes su significado? —me pregunta directamente.

Elder parecía, desde el día anterior, muy interesado en el colgante. Parecía gustarle mucho y no sé el por qué cada vez que lo tocaba o lo miraba me venía su imagen a la mente.

—No, realmente no sé lo que pone... son unos signos...

—Letras. —Escucho como me interrumpe la frase con un susurro.

—¿Sabes lo que pone?

—No —dice mirando el medallón seriamente. De pronto continua andando hacia su mesa y me deja de pié. Sin una contestación razonable. En aquel momento Laura entra por la puerta, sonriente.

—Siento no a ver podido recogerte —me dice Laura—. Me entretuve en... hablando con Alex.

Sus palabras me sorprenden, pero en cambio no siento envidia. Me llevo las manos a la boca y veo como mi amiga comienza a saltar de alegría sin notar que Alex desde la última fila nos miraba.

—Iba andando hacia tu casa... y se cruzó conmigo en el camino ¿Qué casualidad verdad? Me preguntó si me gustaría hacer el trabajo de biología con él, Carla ya se ha marchado de vacaciones a la Toscana y lo ha dejado tirado. Hemos quedado para buscar información esta tarde.

—¡Me alegro muchísimo por ti! —le grito dándole un abrazo—. Pero... ¿Y tu compañero?.. —le pregunto aún abrazándola.

—Que se las apañe con Carla por la webcam. Hacer un trabajo a tanta distancia no será fácil, y menos con Carla que es medio tonta. Pero me da igual, por una vez voy a ser egoísta. Pero antes quería decírtelo a ti por si te molestaba.

—Claro que no me molesta Laura —le digo sonriente.

—Eres la mejor Eva...

—Ayer me ayudaste con algo muy importante... todo para ti —le guiño el ojo y ella vuelve a abrazarme.

Ahora había perdido definitivamente a Alex, no iba a interponerme estando mi amiga. Se lo había dejado a ella.

Miro a Alex y este aparta su mirada hacia el libro. Mientras, Laura continuaba saltando y por una vez parecía feliz dentro del instituto.

El timbre de salida sonó en todo el instituto seis horas después que parecieron interminables.

Laura coge los libros y sonriente se acerca a mí disimuladamente.

—Estoy muy nerviosa Eva... ¿de qué puedo hablar con él?

Laura comienza a morderse las uñas y no aparta su mirada de mí. Parece realmente atacada.

—Se tu misma Laura, ya verás como os hacéis amigos, y de ahí a una relación solo tienes que dar un paso más.

Laura asiente energéticamente con la cabeza y decidida, me da dos besos y se aleja hasta encontrarse con Alex. Los miro desde mi mesa mientras me toco el medallón con la otra mano.

Ambos salen de la clase hablando mutuamente y una vez iban a cruzar la puerta, Laura me busca con la mirada y me guiña un ojo “Todo va bien “pienso que me dice y la pareja se pierde en la multitud del pasillo.

Volver a casa sola del instituto era algo completamente aburrido, tan aburrido que aunque escuchase música por medio de mi mp4 no le daba “entretenimiento” al camino. Los árboles del parque por el cual comienzo a andar parecen inertes, no corre el viento y no me extraño al ser algo tremendamente normal en verano.

Veo como varios alumnos cogen por otra calle, subiendo unas escaleras de piedra, dirigiéndose a la calle principal. Me quito los cascos de inmediato y decido tomar ese camino por primera vez.

El solitario paseo hacia casa se había convertido en un abrir y cerrar de ojos en un choque constante entre las personas. Algunas iban con prisa, otras caminaban lentamente disfrutando del paseo, un chico paseaba a su perro cerca de una farola y a su lado una mujer enchaquetada y con un maletín hablaba por el teléfono. Madrid era una ciudad muy “movida” en ese sentido.

Cruzo la carretera rápidamente entre la impaciencia de los conductores al ver el semáforo en verde tras unos minutos. Vuelvo a chocar con un chico.

—Lo siento, no te había visto. —Se disculpa y continúa casi corriendo su camino.

Después de varios largos suspiros, dejo de ver a aquellos estudiantes a los que seguía para no perderme. Oficialmente me había equivocado al subir por aquel camino, ahora estaba completamente perdida. Me paro entre la multitud que andaba en distintas direcciones. De pronto, tras la carretera, veo unas escalinatas de mármol donde a unos metros sobre ella, unas puertas de color negro acompañadas de varias columnas esperaban abiertas.

Sobre ellas un pequeño cartel que en un color dorado se encontraba escrito:

“Parque de Madrid”. Pestañeo varias veces y caigo en la cuenta de que el destino me había hecho dirigirme al parque del retiro. ¿Debía de esperar a Laura para averiguar el mensaje de mi padre? Por un momento pienso en no entrar, era mejor hacerlo en compañía, podría perderme más. Pero de pronto la frase inunda mi mente.

“Retírate para encontrar las alas que buscas”

Trago saliva, y decidida cruzo la carretera tras un coche rojo que pasa sin frenar. Subo las escaleras con algo de miedo pero decidida y atravieso las puertas oscuras encontrándome en un momento en un enorme paseo lleno de estatuas.

Andaba lentamente, mirándolo todo con cierta curiosidad. Nunca había entrado en el retiro aunque sonase extraño en una ciudadana de Madrid.

Descubro un gran estanque con personas navegando en unas pequeñas barcas de color azul. A su fondo un gran monumento de color blanco creado principalmente por columnas y una pequeña estatua sobre estas. “Monumento a Alfonso XII”, pienso para mí contenta de todo lo aprendido en las difíciles clases de historia. Había visualizado muchas fotos de aquel lugar, pero verlo en vivo era realmente espectacular. Pude deleitarme con grandes escenas como el gran palacio de cristal tras otro gran lago, este solitario pero con árboles brotados del agua. Varias fuentes, una preciosa rosaleda y finalmente perdida viendo de nuevo varios monumentos. Accidentalmente me encuentro de frente en una pequeña plaza donde en su centro una fuente parece llevar un Ángel atado gritando hacia el cielo.

Había llegado a mi destino en un momento donde este lugar se encontraba completamente vacío.

El viento brotó de la nada, gélido, impropio del verano. Miro mi reloj, era ya bastante tarde y aunque mi madre se encontraba en el museo, decido llamarla por si llegaba antes a casa.

Mi madre coge el móvil entre varios susurros tras ella.

—Dime cariño —me dice elevando la voz entre los murmullos de fondo.

—Mama, estoy haciendo un trabajo en la biblioteca, por si llegas a casa y no estoy.

Mi madre no contesta en casi un minuto de duración que parecía hablar con una tercera persona, un turista, pienso.

—Tranquila cariño, regresa a casa antes del anochecer. ¿Vale? No quiero que andes por ahí sola sin luz en las calles.

Tras unas advertencias típicas, mi madre cuelga el teléfono y continúa con su trabajo. Guardo el móvil y continúo contemplando la fuente. Ando a su alrededor lentamente contemplando los demonios que a los pies del pedestal, echaban agua a partir de sus bocas mientras sostenían varios reptiles.

El Ángel, inmóvil en aquella posición de derrota tenía las alas levemente extendidas y por sus piernas varias serpientes sacaban la cabeza aprisionándolo.

Pongo la mochila en el suelo y saco de ella la tarjeta donde la frase volvía a parecer escrita esta vez de un color más intenso y dorado cercano al violeta.

“Retírate para encontrar las alas que buscas”

La frase desaparece de nuevo ante mi atenta visión y la tarjeta se encuentra completamente en blanco, de nuevo.

—¿Te has perdido? —Escucho a mis espaldas, una voz ronca y muy grave.

Al darme la vuelta, aún con la maleta en el suelo, veo a un hombre, totalmente encapuchado que tapaba completamente su rostro.

Miro a mi alrededor, no había nadie, se refería a mí.

—No, gracias por preocuparse.

El se ríe levemente sacando unos dientes blancos como perlas entre la oscuridad del interior de la capucha. Esta era negra y tapaba todo su cuerpo y llegaba a arrastrar por el suelo.

—¿Es tuyo ese colgante? — me pregunta sabiendo completamente la respuesta. Me llevo la mano a él. Definitivamente ese hombre quería robarme.

Cojo la mochila lentamente del suelo sin que este se dé cuenta, entre el silencio tras su pregunta.

Una vez colgada a la espalda, ando hacia atrás lentamente sin quitarle la vista al hombre.

—¿Tienes prisa? — me pregunta con su intimidante voz.

Me doy la vuelta, intentando no escuchar y corro hacia una de las salidas dando media vuelta a la fuente. Intento huir, lo más rápido posible pero de pronto, frente a mí, en la dirección contraria a su última posición, se encuentra de pie y me coge por los brazos.

Tenía una fuerza descomunal y su piel parecía arder bajo esa gabardina oscura. Me suelta bloqueándome el paso.

—Que mal educado soy, lo siento, en el infierno no nos enseñan modales. Mi nombre es Agramon — dice dando una reverencia.

Yo lo miro cada vez más asustada, pero rezando a la vez para que alguien pasara por allí, por esa famosa plaza.

Se incorpora de nuevo y deja sacar sus manos rojas de entre las mangas y se descubre el rostro dejando ver una piel escamosa de color púrpura. Unos colmillos grandes asomaban por sus labios y unos ojos amarillentos brillaban en el interior de sus cuencas.

—Me han encargado la misión de acabar con tu vida. Así, asesinada por un demonio llegarás rápidamente al infierno. Pero podemos hacer un trato.

El demonio desaparece frente a mí y aparece al segundo tumbado en el borde de la fuente. Yo vuelvo a intentar huir, el extiende su brazo y yo quedo inmóvil, sin poder mover las piernas como si estuviese hecha de piedra.

—Qué manía con huir.... —Continúa hablando Agramon entre risas—. Haremos un trato, yo te perdono tu absurda vida de mortal a cambio del medallón. Aunque me las veré con “el jefe”, no creo que este oponga resistencia si le llevo lo que tanto ha estado esperando.

—¡No pienso...! —El aparece ahora a mi lado y me tapa con su ardiente mano rojiza la boca haciéndome callar en un único momento.

Una pareja, llega a la plaza, él queda quieto tapándome la boca y yo miro cómo esta no se dan cuenta de nuestra presencia y continúan andando tras una foto con la fuente.

—Pobres humanos que no pueden ver su desgracia —dice volviéndose a reír con aquella inquietante risa malévola.

Quita su mano de mi boca y se acerca a la fuente con los brazos cruzados.

—Esa escultura da que pensar... ¿No crees? —pregunta dirigiéndose de nuevo a mí, esta vez con más velocidad.

Sus manos se posicionan en mi cuello, tocando la cadena del colgante. Delicadamente abre el cierre y lo aparta de mi pecho. No podía resistirme ni moverme, estaba aún inmóvil tras su movimiento de brazo.

—Bien.... “El Jefe” me recompensará muy bien —dijo casi babeando mientras lo tocaba con las manos. El colgante parecía ahora brillar con más intensidad volviéndose de un color rojizo claro donde antes era plateado.

—¿Qué quiere de ese colgante? Es un regalo de mi padre. Dámelo, o te juro que...

Otra vez vuelve a taparme la boca.

—No te atrevas a amenazarme —dijo serio y con la voz llena de ira.

Yo intento hablar aunque su mano se encuentra aún rozando mis labios.

—¿Sabes? Creí que podía perdonarte la vida, pero no quiero arriesgarme a que “El Jefe” se moleste.

Me coge con fuerza por mi larga melena y me arrastra hasta la fuente. Me sujeta la cabeza fuertemente y yo sin poder moverme le escupo en la cara.

—Nos veremos bajo tierra.

Su voz fue lo último que escuché antes de que metiese mi cabeza en el interior del agua de la fuente intentando ahogarme. Comienzo a agitarme como puedo después de mi inmovilidad. El medallón sale de las manos de Agramon y cae al agua.

—¡No! —grita empujándome hacia atrás y dejándome caer al suelo.

El agua comienza agitarse, los demonios dejan de agregar agua a la fuente como si estuviésemos en plena sequía. El agua comienza a desaparecer en el fondo de la fuente y el monumento del Ángel extiende sus alas y da un giro. De uno de los lados del pedestal, uno de los demonios desaparece y como sustitución aparecen unas puertas de un blanco intenso, tan estrechas que dudaba que alguien pudiese salir de ahí.

El demonio, aterrorizado y llevándose las manos a la cabeza, se tira al suelo visionando toda la transformación de la fuente.

Yo, inmóvil y tumbada miro sorprendida como las puertas se abren y de ellas una luz de una intensidad incalculable es liberada. Tras esta, el demonio se pone en pie de nuevo, me mira por última vez.

—Volveremos a vernos — me dice enfadado e intentando atemorizarme. Y comienza a correr saliendo de la plaza.

Yo también intento huir pero no podía moverme aún. La luz comienza a extinguirse lentamente y entre ella sale una chica pelirroja con un vestido blanco y sedoso. Me resultaba completamente familiar.

—¡Eva! — grita y salta la zona de abetos que rodea la estatua y corre hacia mí. Toca mis piernas y mis brazos con las manos, cierra los ojos y de pronto comienzo a moverme de nuevo.

Yo me alejo un poco pero ella se acerca y me abraza sonriente.

—¡Cuánto me han hablado de ti! — me grita contenta.

Entonces su voz y su rostro hizo que aquel lapsus desapareciese, sabía perfectamente quien era... había ocupado mis sueños durante días. Era aquella misteriosa chica y parecía haber estado esperándome.

Capítulo 6

Un Ángel llamado Esther

Aunque el pedestal, desde el exterior, podía verse sin ningún tipo de fondo, al traspasar las puertas blancas pude descubrir un lugar de gran espacio, lleno de luz, tal como en mis sueños. Las paredes, el suelo y el techo eran completamente blancos, de un blanco tan intenso que al mirar se te nublaba completamente la vista.

La chica pelirroja andaba delante de mí, parecía algo sería aunque momentos antes había podido verla sonriente y contenta por mi presencia. De pronto se para en seco y del suelo nacen dos sillas del mismo color que este, una pequeña mesita donde sobre esta había dos tazas de té y una pequeña tetera. Se da la vuelta y me mira.

—Tomemos asiento, tenemos que hablar de muchas cosas.

Yo, entre silencios, me dirijo hacia el pequeño salón montado de la nada y me siento en una de las confortables sillas frente a ella.

—¿Dónde estamos? — Esa fue mi primera pregunta, aunque parecía haber más en mi tintero.

Esther coge la tetera y sirve un líquido de un tono claro en cada taza.

—Antes, será mejor presentarnos.

Su voz era igual de dulce que en mis sueños, solía hablar de forma muy relajada, como si el tiempo no importase.

—Mi nombre es Esther —continúa hablando mientras se lleva la taza a los labios y da un pequeño sorbo—. Y tú debes de ser Eva.

No me sorprende escuchar mi nombre, cojo mi taza y me la llevo a los labios. Era un té que nunca antes había probado. Su sabor era suave pero demasiado dulce.

Al ver a Esther, de cerca, parecía tener un año más que yo. Unos dieciocho.

—Sí, soy Eva. Pero no entiendo por qué ese hombre me ha...

—¿Hombre? —pregunta riéndose a carcajadas quitándole tensión al asunto—. ¿Desde cuándo un hombre tiene piel escamosa y rojiza? No era un hombre.

Esther aún tenía su risa burlona cuando mientras dejaba la taza en la mesa me confesaba algo que desde aquel momento marcaría en mi destino.

—Aquel tipo, era Agramon, un demonio.... Más concretamente uno de los más temidos. Su mejor arma es el miedo, ataca principalmente en los sueños y los convierte en pesadillas.

“Un demonio”. Escucho de nuevo en mi mente... no podía creer aquello ¿Era una broma? Aquel tipo loco era... un ser del infierno.

—¿Me estas tomando el pelo? —le pregunto riéndome— ... como va a ser un... demonio. Esto es de locos. Yo solo venía aquí por...

—Por el mensaje que tu padre te había dejado —vuelve a interrumpirme y a reírse.

De pronto Esther cierra sus manos, una luz las ilumina en su interior y al abrirlas aparece el colgante que aquel tipo me había quitado y había tirado a la fuente.

—Debes tener más cuidado con el colgante. —Lo deja en la mesa y lo acerca hacía mí. Yo lo cojo y vuelvo a colgármelo.

—¿Cómo sabes lo de mi padre? —le pregunto.

—Tu padre era un “Protector”, un ser entre humano y angelical. Su misión era proteger para los ángeles eso que tienes colgado del cuello.

Esther señala mi colgante, su color rojizo había desaparecido y ahora volvía estar como siempre de un color plateado brillante.

—Demonios, Ángeles... ¿Tengo que creérmelo? —pregunto algo borde... aquello no era normal.

—Hombre si dices que los Ángeles no existen... yo no estaría aquí tomando té contigo.

—¿Eres un Ángel? —le pregunto asombrada.

—Desde que lo recuerdo.... Sí.

Por un momento intento reírme, pero ese gesto no sale, un minuto después deseo huir, correr a toda velocidad hacia mi casa y cerrar la puerta de un portazo dejando el mundo al otro lado.

—Ahh, y sobre la primera pregunta que me hiciste... estamos en “El refugio”. Un lugar de reunión entre Ángeles en la antigüedad, ahora abandonado por el

monumento a Lucifer. Los Ángeles creyeron que no era adecuado reunirse bajo un monumento a nuestro mayor enemigo, el mal absoluto. Así que huyeron, a un lugar más... “adecuado”.

Esther se pone en pie, mientras cuenta la historia. Y anda con los brazos cruzados tras las espaldas de un lugar a otro.

—Pero yo no creo en supersticiones —continúa hablando—. Este es un buen sitio, muy bien escondido y donde a partir de ahora, a no ser que sea necesario otro lugar, nos reuniremos aquí. Aquel demonio te ataco aquí porque creía que este “refugio” estaba abandonado, no sabía nada de mi estancia —comienza a reírse—. Huyó como un cobarde.... Por una vez ha sido Agramon el que ha sentido el miedo.

Esther no puede parar de reír mientras me cuenta todo aquello. Todo lo que decía parecía sacado de un libro de ciencia—ficción, aunque todo encajaba como las piezas de un puzle.

—Ese demonio... ¿Volverá a atacarme? —pregunto algo asustada.

—Sí, él y muchos más arrastrados por la codicia de “El jefe”, ellos lo llaman así porque solo los que no le tienen miedo lo llaman por su verdadero nombre... Satanás.

No podía creer lo que estaba escuchando... ¿Iba a ser atacada más veces? ¿Estaría mi vida siempre en constante peligro?

—Con que motivo me atacaran, ¿Qué quieren de mí? Soy una chica completamente normal, estudio en un instituto normal y tengo una vida aburridamente normal.

—Ya sé que eres normal —me dice ella acercándose a mí—. Pero lo que llevas colgado del cuello no lo es para este mundo. Ese colgante pertenece al mundo celestial, tiene un poder sobrehumano que nos ayuda a proteger la tierra, en cambio ese colgante tiene un defecto, un gran defecto.

—¿Qué defecto?

Ya estaba más o menos integrada en la conversación. Todo lo que me contaba parecía tan real. Que conseguí creérmelo por un momento.

—El medallón cambia de bando en el mismo momento en el que es arrebatado. Aunque es angelical, si se posa en un demonio, su poder servirá para hacer el mal, para que millones de desgracias nublen la tierra. Por eso necesitamos la labor del “Protector” como lo era tu padre.

»Su misión era proteger el medallón de los demonios para que este no llegara a su poder. Por eso te mandó ese colgante en aquel sobre blanco, que escribió junto a mí. Tú eres la siguiente, ahora tú debes llevar a cabo la misión.

Ante la seriedad de todo lo que Esther me estaba contando, comienzo a reírme de una forma demasiado exagerada.

—¿Cómo voy a enfrentarme a esos seres? Soy una simple humana, si corro mucho me asfixio, aguanto la respiración apenas un minuto y me dan miedo los payasos. ¿Me cree preparada?

Esther se da la vuelta y puedo ver como comienza a reírse por mi impecable deducción.

—No estás preparada, aún. Por eso estas aquí.

—¿Y qué pasará?... No pienso hacer nada, odio la educación física.

—Tranquila, los demonios luchan de dos formas distintas: o con su poder, y para ello deberás usar algunos trucos que aprenderás con el medallón, o con las espadas legendarias.

—¿Espadas? —pregunto volviéndome a sentar.

—Un duelo de espadas. Es lo más común en nuestros mundos. Las espadas demoniacas están hechas con un compuesto de azufre que solo se encuentra en el mismísimo infierno en cambio las espadas celestiales están hechas de luz.

Aquella tarde paso demasiado rápido. Por pura casualidad había descubierto todo lo que aquella frase de *“Retírate para encontrar las alas que buscas”* me ocultaba. Mi padre fue *“Protector”* y ahora que él no estaba me tocaba a mí ocupar su lugar.

Estuvimos una hora hablando Esther y yo, sobre el duelo de espadas, sobre mi futuro entrenamiento que tendría lugar la semana próxima. Me explicó que para entrar en *“El refugio”* solo tenía que llevar mi medallón al agua, sumergirlo dentro y las puertas blancas aparecerían.

Prometí mantenerlo oculto, nadie debía enterarse de mi verdadera identidad, debía proteger el medallón a toda costa cambiando mi vida por ello si fuese necesario y debía enfrentarme al mismísimo infierno.... Porque ese era mi destino. Y no podía poder a nadie en peligro.

Segunda parte



Capítulo 7

Primeras Advertencias

El sonido de las espadas resonaba en aquel espacio blanco en el interior del refugio. Ya estaba más que acostumbrada a entrar en aquella fuente, aunque las primeras veces me tropezaba con los setos que la rodeaban. Incluso una vez, al intentar mojar el medallón en el agua para que apareciese la puerta, un policía de los que vigilan el parque me impidió acercarme. Tuve que esperar, intentar desaparecer entre dos árboles hasta que este continuó su ronda.

Mientras me movía agitando la espada en el aire, Esther parecía algo más cansada de lo habitual. Llevábamos solo una semana entrenando y ya podía casi vencerla.

En ese momento ella levanta la espada y da fuertemente con la hoja de la mía. Saltan incluso chispas, cuando de pronto tropiezo y caigo al suelo. En ese momento ella salta con la espada preparada y choca de nuevo con la mía.

Un sonido estremece en la sala, el reloj ya avisaba que había pasado la hora.

—Muy bien, casi me derrotas hoy. —Comienza a hablar mientras se limpia el sudor de la frente.

Yo doy un suspiro y me acerco para coger mi mochila del suelo. Me la cuelgo del hombro.

—Nos vemos mañana para seguir entrenando —le digo sonriente.

—Eva... ten cuidado.

Siempre al despedirnos, usaba la misma frase de prevención que en más de una ocasión me ponía los vellos de punta. ¿Sabría algo? ¿Estaría en peligro? Nunca hablaba más de lo habitual.

Salgo de la fuente dando un salto hacia el asfalto, las puertas se cierran desapareciendo en la forma del pedestal. Los demonios vuelven a echar agua y todo vuelve a la normalidad. Esther me había explicado que aunque la fuente cambiase con personas alrededor, estas no veían la transformación de la puerta, ni la extensión de las alas del ángel, si no, el secreto estaría en peligro.

“Todos nos tienen como un mito, pero no saben que existimos realmente” Repetía constantemente y me recordaba siempre que debía mantener mi misión de protectora en secreto.

Faltaban solo tres días para el final de clase y al día siguiente nos comunicaron algo realmente sorprendente.

—Este sábado tendrá lugar el baile de Graduación. Las chicas irán de traje y los chicos de esmoquin. —El director comunicaba ilusionado, ante toda la clase que lo escuchaba con las bocas abiertas de la impresión.

Daniel se levanta de su asiento ante una seña del profesor de Matemáticas, este le da unos folletos y los comienza a repartir mesa por mesa.

—¡Gran Baile de Graduación, este sábado noche a partir de las 21:00! —me dice Laura con el folleto en la mano muy ilusionada.

—¿Qué nos pondremos? —le pregunto preocupada.

Pero ella no parecía tener las mismas preferencias a las mías, ella se preocupaba más por la pareja, quería que Alex la invitase.

—¿Crees que lo hará? —me pregunta mirándolo en la distancia.

—Lo más probable... y si no lo hace siempre puedes ir tu a pedirselo.

—¿Dónde se ha visto eso? —dice indignada.

—Somos chicas modernas. Estamos en el siglo XXI, podemos llevar también la iniciativa.

Pero por la expresión de Laura, ella seguiría esperando a que fuese él.

Ambas parecíamos ilusionadas con aquella sorpresa que nos acababan de comunicar... pero solo teníamos tres días para organizarlo todo, bueno, cuatro si contábamos el sábado.

En cuanto el director salió de clase y una vez que toco el timbre anunciando la segunda hora, toda la clase se puso en pie, invitando unos a otros. Laura esperaba sentada mirando a Alex, pero en cambio este parecía hacerle más caso al libro que leía.

Al mirar hacia Alex, veo que el sitio de Elder estaba vacío... ¿Dónde se había metido? Miro a todas las direcciones y cuando voy a darme la espalda, allí estaba él con su sonrisa brillante y reluciente y sus ojos azules.

— ¿Te apetecería venir al baile conmigo?

Laura mira la escena con cierta envidia, aunque no aparto la mirada de Elder que parecía algo nervioso ante la noticia.

— Claro.

El parecía aliviado por unos momentos al saber mi respuesta.

— Muy bien — dice y de pronto me deja a solas con mi amiga.

— ¡No me lo puedo creer! ¡Te acaban de invitar! ¡Qué suerte!

Los gritos de Laura se escucharon en toda la clase, incluso Elder se enteró de todo desde la lejanía de su mesa y una pequeña risita se le notaba en la cara.

En cambio Laura no tuvo su oportunidad aquella mañana.

Aquella tarde pasó algo demasiado extraño como para ser verdad. Estaba leyendo y descansando después de haber entrenado con las espadas en el refugio. Aquel día había sido demasiado duro, estaba completamente agotada.

De pronto suena el timbre, y tengo que levantarme de la cama, miro el reloj y compruebo que no era mi madre, ella continuaba trabajando.

Ando hacia la puerta y la abro. De pronto me quedo sin palabras al averiguar quien esperaba en la puerta.

Alex se encontraba sonriente en la puerta, no sabía cómo reaccionar en aquel momento, él se apartó un poco y posó sus ojos en los míos.

— Perdona que te moleste Eva... ¿Podemos hablar?

“¿Hablar? ¿El chico más guapo del instituto que nunca me había dirigido la palabra aunque habíamos estado juntos desde pequeños quería hablar conmigo?”

— Claro... ¿Quieres pasar?

Mi voz temblona se notaba mucho “¿Cuál sería la reacción de Laura al saber de esta visita? Mejor no contárselo”.

Alex asiente con la cabeza y tras cerrar la puerta ambos nos sentamos en el salón, le ofrezco algo de beber al ver su rostro pálido, pero él se niega.

—Bueno... ¿Qué te ocurre?

“Tenía que ocurrirle algo para estar ahí”

Alex por unos minutos parece quedar en blanco. No sabe cómo hablar ni qué decir, se nota muy nervioso y cada vez más pálido.

—Bueno... veo que has hecho muy buenas amistades con Elder.

Su primera frase me dejó dudosa “¿Venía a hablar de Elder?”. Creía que su tema sería otro como el tema del baile, sobre Carla, sobre Laura... ¿Pero sobre Elder? Si no se podían ver. Siempre estaban en constante enfrentamiento.

—Sí, es muy buen chico. Me ha invitado al baile. Y la verdad es que me parece muy simpático...

—¿Qué te ha invitado al baile? —pregunta nervioso.

—Sí... le he dicho que sí.

Alex parece esta vez más nervioso... ¿Qué le pasaría?

—Mira Eva, iré directo al grano...

Alex se vuelve inquieto... “¿Querrá pedirme ir al baile con él?”. Mi pensamiento se derrumbó en el mismo instante en el que él comenzó a hablar.

—Sé que no soy quien para pedirte nada, nunca hemos hablado y eso que hemos tenido oportunidades, pero aunque no lo sepas te tengo como a una amiga y por eso debo de advertirte.

—¿Advertirme? No entiendo lo que quieres decirme. ¿Ha ocurrido algo?

—No te acerques a Elder, ignóralo por completo, no te familiarices con él. No es... Normal.

—¿Normal?... ¿Qué le ocurre?

Alex parece apenado por lo que va a decirme. Lo noto extraño.

— ¿Te encuentras bien? — me atrevo a preguntarle, pero él ignora completamente la pregunta.

— Aléjate de él... por tu propio bien.

Alex se levanta del sofá y me deja sentada, a los pocos segundos escucho cómo la puerta principal se cierra. Se había ido.

¿Qué me ocultaba Alex de Elder? ¿Era ese el motivo de su rivalidad?

Me siento frente al ordenador y miro a Laura, conectada al chat. Era mejor no contarle nada.

Los días pasaron deprisa entre nervios, vestidos, últimos exámenes y preparativos. Aquella mañana era nuestro último día de clases y ante la advertencia de Alex, no le hice mucho caso.

Aunque no pude hacer otra cosa que evitarlo cuando Alex se encontraba cerca. Por precaución.

Laura no sabía nada acerca de la conversación entre Alex y yo, aunque me tentaba contársela.

Elder se acerca a mí en el recreo. Y antes de todo y ante la atenta mirada de Laura, busco a Alex por los alrededores por precaución, no estaba.

— Mañana es el baile... ¿Nerviosas?

Elder estaba muy simpático y al parecer no se acercó a hablar solo conmigo si no que metió a Laura también en el conjunto.

— ¡Mucho! — grita Laura. Es más tengo que decirles que Alex finalmente no me ha invitado... iré con otra persona. Muy interesante si la conoces a profundidad.

Laura parecía seria y decía todo aquello con un poco de sarcasmo y tristeza. Elder toma asiento a mi lado y escucha atento la conversación de mi amiga.

— ¿Con quién? — pregunto asombrada de la decisión de Laura.

—Con Daniel.

Un silencio se posa en nuestra mesa y los tres miramos a Daniel, sentado bajo un árbol, leyendo mientras se metía el dedo en la nariz.

—¡Que interesante! —dice Elder serio.

Yo quedo callada, y Laura comienza a reírse.

—Mejor eso que ir sola ¿No?

—Bueno... Creo que Alex irá solo.

Las palabras de Elder nos sorprenden al momento. ¿Alex solo?

—Remátame... prefiere ir solo a ir conmigo. —Laura comienza a llorar ante nuestro asombro.

Elder se levanta de mi lado y la abraza sin que esta se lo espere cortando sus lágrimas al instante.

Era tan buena persona que no entendía por qué Alex me había pedido que me alejara de él. ¿Estaría celoso?... Aunque me costara creerlo, por unos momentos me pareció la idea más clara aunque un segundo después se me borró completamente de la cabeza.

—Gracias Elder, ¿Sabéis? Iré con Daniel, no creo que sea malo e intentaré quitarme a Alex de la cabeza.

Laura parecía ahora más convencida que antes. Con un pañuelo que Elder ha sacado de su bolsillo derecho se seca las lágrimas que por un momento sirvieron de consuelo. Y vuelve a dar las gracias por el apoyo de los dos, ahora estaba un poco más feliz.

Todos teníamos con quien ir.

Capítulo 8

Bailando con Demonios

La tarde anterior, mi madre me había acompañado a unas veinte tiendas hasta encontrar el vestido apropiado. Era un traje sencillo, largo y un poco escotado de un color blanco roto. Me peinó el pelo decorándolo con dos pequeñas flores del mismo color. Mientras me miraba al espejo pensé en todo lo que el futuro me deparaba.

Terminé el curso y comencé a recordar todo lo pasado y a pensar en todo lo que vendría. Recordé a Alex en primaria, tan pequeño y aventurero. Y a Laura con sus largas trenzas y su peto vaquero. Pero en cambio no tenía ni un recuerdo de Elder. Aunque él decía que había estado en el instituto siempre, no le había prestado atención hasta esa clase de Religión donde levantó la mano para hablarnos del libro de Enoc. ¿Sentiría él algo por mí? Al pensarlo, las piernas parecieron perder fuerza y el corazón me dio un vuelco.

Me doy los últimos toques de maquillaje cuando, tras de mí, en el reflejo, aparece Esther, con su melena pelirroja suelta y su tono pálido de piel.

—Te queda muy bien el vestido

El medallón resaltaba con el color del vestido y con el tono de mi piel. Sería aquella noche el principal punto de mira.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has aparecido?

Nerviosa, corro hacia la puerta y la cierro dando un leve portazo.

Ella se sienta en mi cama y me recuerda que puede aparecer donde quiera, es un ángel.

—Sabía que hoy era tu baile de graduación. Tu padre estaría muy orgulloso.

Quedo inmóvil ante el espejo y ante la atenta mirada de Esther que parece algo triste pero que sin embargo no esconde su leve sonrisa.

De pronto una lágrima cae por mi mejilla, y pierdo completamente el miedo a desmaquillarme.

—Sé que lo estará.

Un silencio inunda la habitación y por decirlo así algo de tensión.

— Esther, tu conocías a mi padre desde un punto de vista diferente al mío. Tu sabías su verdadera identidad, su gran secreto. ¿Cómo era él para ti? Cuéntame cosas sobre él.

Esther suspira y parece recordar varios buenos momentos.

— Tu padre fue uno de los mejores humanos que he conocido, su abuelo también fue protector y al morir le dejó el cargo a su hijo. Él protegió el medallón que tu ahora llevas en el cuello durante más de veinte años, incluso antes de conocer a tu madre. Se enamoró completamente, se casaron y te tuvieron a ti. Nunca llegarás a saber el sacrificio de tu padre, tenía que conllevar dos mundos completamente distintos. Pero tuvo la habilidad de congeniarlos muy bien.

La pregunta me rondó la cabeza durante unos instantes y no llegué a tener el valor de preguntársela en aquel momento, después de volver a secar mis lágrimas me armo de fuerzas.

— ¿Sabes algo de él ahora? ¿Sabes si es un... Ángel?

Esther se pone de pie y se acerca a mí. Vuelve a mirar el vestido de color blanco que llevo puesto y me recuerda de nuevo lo bien que me queda.

— Tu padre eligió... le dimos la opción de ser un Ángel. Pero eso lleva grandes sacrificios... y finalmente escogió convertirse en un ser de la luz. Los seres de la luz protegen a las personas importantes para ellos. Tu padre es uno de esos seres de luz. Son parecidos a los Ángeles de la guarda, pero de una intensidad mayor.

Esther me abraza con fuerza y comienzo a llorar con un poco más de intensidad. Aunque por poco tiempo, ya que esta vuelve a sentarse en la cama.

Aquella media hora la pasamos hablando sobre el baile y los preparativos. Aunque Esther era un Ángel femenino, no me la imaginaba hablando de cosméticos y vestidos.

— Fui una chica humana hace siglos ¿Recuerdas? — me decía, aunque me costaba encajarlo.

Finalmente me sentí preparada cuando me miré por última vez al espejo, tuve que retocarme de nuevo debido a las lágrimas.

— Bueno... yo venía principalmente a advertirte.

—¿Advertirme? “¿Más advertencias después de la de Alex?

—Aunque hoy sea un baile, debes de estar prevenida. Siempre debes estarlo, he escuchado rumores de que Agramon está furioso, Satanás lo ha castigado cruelmente arrancándole un ojo y ha jurado no solo llevarle el medallón si no acabar contigo. Quiere matarte.

Las piernas me temblaron con más intensidad que aquella vez que visualicé por primera vez una peli de terror.

—Y... ¿Qué hago si... me ataca? —La voz me temblaba y el hecho de quedarme en casa era una de las mejores opciones que se me pasaban por la cabeza después de huir lejos de Madrid.

—Luchar, como hemos ensayado, recuerda que la espada vendrá cuando la necesites. Y que Agramon atacará en el momento más inoportuno. Es un demonio y les gusta ocasionar el caos.

—¿Quieres decir que hoy la fiesta puede correr peligro?

Esther asiente con la cabeza de una forma muy segura.

—Es el momento perfecto para atacar y aprovechar para causar el mayor daño. Está furioso y no parará hasta recuperar su honor ante Satán.

Trago saliva con terror.

—¿Y si me quedo en casa? —Mi pregunta de cobarde pareció resonar en la habitación en forma de eco.

—Tus amigos estarán en peligro, el irá a buscarte y solo tú puedes manejar la espada, la única arma que puede matarle.

Vuelvo a tragar saliva.

El timbre suena y escucho cómo mi madre abre la puerta y saluda a Elder, su voz me resultaba tan familiar que la conocí incluso en la lejanía de mi cuarto. Esther mira hacia la puerta, escucha la conversación en el piso de abajo, luego me mira a mí:

—Suerte.

Y entre sonrisas desaparece en un abrir y cerrar de ojos, de mi habitación. Mi madre se asoma por la puerta en ese momento.

—Tu amigo ya está esperando abajo. —Me dice mientras veo sus ojos como platos al verme definitivamente vestida.

Abre la puerta completamente y me acompaña a las escaleras para que no tropiece con los tacones.

Comienzo a bajar lentamente cada peldaño mientras veo cómo Elder me mira, él iba vestido de esmoquin con una corbata del tono de sus ojos y en la mano llevaba una pequeña caja blanca.

Por fin termino de bajar las escaleras. Y me acerco a él, dándome dos besos en las mejillas.

—Estas preciosa —me dice.

Abre la caja que tiene en la mano izquierda y de ella sale una flor justamente igual que las que llevo en el pelo pero con un tamaño mayor para mi muñeca.

Me la coloca con cuidado y de pronto mi madre aparece tras nosotros con una cámara de fotos en las manos.

—¡Sonreír! —Y nos echa una foto que quedaría guardada para historia en uno de sus álbumes.

Elder había conseguido que su tío le dejase el coche. Me había contado que sus padres habían muerto en un accidente hace mucho y que vivía en una gran casa propiedad de su tío, su única familia.

Entonces comprendí todo, el abrazo tan amistoso que le dio a Laura.... Era un chico realmente especial.

Pocos minutos después llegamos al baile. La puerta del gimnasio estaba decorada con flores silvestres y una alfombra roja tapaba la cancha de baloncesto. Ambos “agarrados del brazo” andamos a paso lento “por mis tacones” y fuimos saludando a cuantas personas vimos de nuestra clase y de clases distintas a la nuestra.

En el interior había una enorme mesa muy larga llena de bocadillos, ponche, vasos, toda clase de bebidas y aperitivos. De las canastas colgaban serpentinas y en el techo colgaban varios focos que daban al centro del gimnasio unos tonos en varios colores iluminando especialmente el centro.

—¿Quieres beber algo? —Me pregunta Elder mientras yo en la lejanía puedo ver a Laura, junto a Daniel, este jugando a algo con un chico con gafas a su lado y mi amiga sentada al otro lado con una copa en la mano y cara de depresiva.

Cuando su mirada me encontró, una sonrisa salió dibujada de su rostro y corrió hacía a mí remangándose el largo traje.

—¡Mi salvación! —grita dándome un abrazo.

Ambas comenzamos a mirarnos de arriba abajo, comentando lo genial de nuestros vestidos, peinados y complementos, dejando completamente a un lado a Elder que después de su pregunta comenzó a reírse de las expresiones que Laura ponía en su cara al hablar de los temas de conversación de Daniel.

—Voy a por tres refrescos —dice Elder alejándose entre risas.

El vestido de Laura era precioso, de un color rosáceo claro sin tirantes. Llevaba el pelo en un sofisticado moño y estaba maquillada con tonos muy leves.

Laura mira la flor de mi muñeca y yo le cuento el momento donde me la coloca en la muñeca y el de la foto. Laura no puede impedir la risa.

—¿Estáis... saliendo? —me pregunta con curiosidad mientras me guiña un ojo. Yo me pongo un poco roja y comienzo a mirar la flor que él me había regalado.

—No... no estamos saliendo. Solo somos buenos amigos y nos estamos conociendo. Pero hablando de salir... ¿Has visto a Alex? —le pregunto yo también con una sonrisa picarona.

—No lo he visto, y lo primero que he hecho al entrar es buscarlo, te lo juro.

Laura parecía un poco preocupada. Mira de nuevo alrededor, pero no lo ve.

—Es muy extraño que el chico más popular de clase no venga a su fiesta de graduación ¿No crees?

Y Laura tenía razón, era muy extraño.

Elder se acerca a nosotras con tres copas en la mano, las reparte y explica que lo único que ha podido conseguir entre la multitud de la mesa era ponche.

Laura comienza dándole un sorbo.

—No os vais a creer lo que acabo de escuchar —dice Elder algo extrañado.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Laura lanzada. Con Elder era completamente distinta que conmigo, con él era más abierta y parecían conocerse de toda la vida.

—He escuchado a una chica decir que había visto en los aparcamientos a Alex discutiendo con un hombre encapuchado.

—¿¡Encapuchado!?! —pregunto dando un grito.

—Sí, un hombre con una gabardina negra. Y discutían. Incluso se han atrevido a decir que se estaban... peleando.

Un silencio se hace en la conversación.

Laura me mira y yo comienzo a ponerme cada vez más pálida.

—Voy al servicio... Vuelvo en un segundo.

Elder y Laura miran como salgo corriendo por la puerta del gimnasio mientras sostengo la copa con la mano. La dejo en el suelo, me quito los tacones entre la oscuridad del patio delantero del instituto y corro aún a más velocidad. Estaba completamente segura de que Agramon se encontraba con Alex en aquel momento, estaba en peligro.

Me detengo en seco ante la puerta del aparcamiento y dejo los tacones en el asfalto de la carretera.

Descalza comienzo a andar lentamente entre tinieblas, con el corazón latiéndome a mil por hora. Solo se escuchaba el sonido del viento en aquel oscuro lugar donde los coches se encontraban aparcados simétricamente.

Unos pasos se escucharon tras de mí y entonces pude ver su rostro entre la oscuridad de su capucha.

—Volvemos a vernos... protectora —me dice esta vez más sonriente.

De pronto la capucha cae a sus espaldas y muestra su rostro donde su ojo derecho es tapado con un parche de color negro.

—¿Sabes? Esto me lo han hecho gracias a ti.... Me han dicho que me devolverán el ojo cuando te mate y entregue ese medallón tan brillante que llevas en el cuello.

—¿Dónde está Alex?

—¿Alex? ¿Quién es ese? —me pregunta acercándose cada vez más a mí.

“Lo ha matado” pienso para mí.

Intento alejarme de él unos pasos. Pero parece no haber cosa que lo detenga y me coje de los brazos, nuestros rostros se acercan. Puedo oler su repugnante aliento.

—¿Preparada para morir? —me pregunta, y en ese instante me empuja cayendo al suelo.

De pronto el cielo se tiñe de negro y tras dos relámpagos, dos espadas caen penetrando en el suelo. Una de ellas oscura como las tinieblas y frente a mí una blanca de hoja brillante.

—¡Aléjate de ella! —escucho gritar a mis espaldas.

Me giro y puedo ver a Alex empuñando una espada como la mía.

—Ganadriel, creí haberte derrotado hace unos minutos.

Alex (Ganadriel para el demonio) me ofrece su mano y con su ayuda me levanto del suelo.

—¿Eres... un... Ángel? —le pregunto

Alex mira atentamente al demonio, que había cogido la espada y comenzaba a reírse de nuestra conversación.

—Soy un ángel —me contesta—. Tu ángel de la guarda, y mi misión es protegerte.

Capítulo 9

Derrotado y descubierto

Ante aquellas palabras que me dejaron en blanco en aquel minuto de la lucha, Alex (Ganadriel) con su espada en mano, se abalanza contra Agramon y ambos protagonizan un duelo de espadas. Parecía una coordinación perfecta, Alex levanta la espada e intenta atravesar a Agramon pero este usa la hoja de su espada para protegerse y empuja a Alex por los aires.

—De nuevo solos —dice.

Con la espada en la mano avanza hacia mí, yo me adelanto e intento sacar la mía del asfalto. En el momento justo, mi espada sale de golpe y choca con la hoja de Agramon.

Esquivo con miedo todos sus movimientos e intento defenderme lo mejor posible, respirando hondo, controlando mis fuerzas tal como Esther me había enseñado. De pronto Agramon tropieza y cae al suelo y me abalanzó sobre él pero se defiende de un golpe y yo también caigo al asfalto.

—Veo que te han entrenado bien —dice entre risas.

En ese momento Alex aparece en el cielo, con dos grandes alas, volando sobre nosotros. Se había despojado de su camisa y su corbata.

Me echa a un lado y las espadas de los dos vuelven a encontrarse. De pronto mi móvil suena en el bolsillo, lo miro asustada y veo el nombre de Laura marcado en la pantalla. Sin descolgarlo, lo meto de nuevo en el bolsillo, cojo mi espada y me uno a la lucha.

En ese momento, los tres paramos y bajamos las espadas.

—Es una pena... quemar algo tan puro.

De pronto todo queda en silencio, Alex mira cómo Agramon me apunta con su espada y un rayo de fuego comienza a brotar fuertemente. De pronto Alex impide que el fuego me toque poniéndose entre ambos y quemándose él completamente.

Un grito sordo sale de su cuerpo que se estremece entre las llamas. En ese momento corro hacia Agramon y le clavo mi espada por la espalda. Este tira la espada al suelo

cortando al instante el rayo de fuego que cubría a Alex. Me mira con su único ojo por última vez y cae al suelo con la espada en su interior.

—El infierno me vengará.

Mira el cuerpo inmóvil de Alex en el suelo y entre risas se desvanece convirtiéndose en polvo tras ser cubierto con una llama azul.

En ese momento tomo aire y corro hacia Alex. Él tumbado podía percibir las grandes quemaduras que cubrían su cuerpo. De pronto se coloca boca arriba, entre mis brazos sujeto su cabeza.

—Tenemos que ir a un hospital —le digo entre lagrimas.

Él sin palabras, niega con la cabeza.

—Ya he completado mi misión... ahora debo ser un ángel en totalidad. —Sonríe mientras una lágrima cae por su rostro medio quemado.

—Por eso nunca hemos hablado desde que éramos pequeños, por eso siempre me he preocupado por ti en estos últimos meses. Te llamé cuando supe que te desmayaste en el instituto porque mi deber era protegerte, con la mera excusa de comunicarte la identidad de tu compañero de trabajo, hice el trabajo con tu amiga para intentar saber más de ti y te advertí de Elder por el mismo motivo. Todo para cumplir mi misión.

Las piezas del puzle encajaban perfectamente, podía comprender todo el comportamiento de Alex en los años de mi existencia. Siempre había estado ahí, desde pequeños y nunca habíamos tenido contacto.

—Alex... siento no haberme dado cuenta. De verdad...

Comienzo a llorar abrazándolo y sintiendo su dolor físico. Pero él no parecía triste, tenía un brillo en los ojos que era incalculable.

—No me llames Alex... ahora ya sabes mi verdadero nombre.

—Tienes que saber que Elder guarda un secreto... debes... Tener... Cuidado...

Ganadriel, su verdadero nombre, cierra los ojos sin terminar la frase. En aquel momento su significado no me importaba.

Con una sonrisa marcada en su pálido rostro, el cuerpo del Ángel comienza a brillar entre mis manos y se eleva a lo más alto del cielo.

Entre lágrimas, descalza, con el vestido arañado y un corte en el codo, vuelvo a entrar en el gimnasio donde la fiesta parecía seguir. Laura y Elder corren hacia mí al verme entrar.

— ¿Dónde estabas? He ido a buscarte incluso al baño y no estabas.

Miro a Elder que parecía algo más que preocupado, incluso nervioso. Pero en cambio esperaba callado y paciente una respuesta lógica.

— ¿Te encuentras bien? — me pregunta Elder tras la pregunta de Laura. Mis pintas eran de una chica que parecía haber tenido un accidente, herida y con el traje arañado y medio roto.

Niego con la cabeza y llorando me abrazo a ellos.

Elder, como un verdadero caballero, se ofreció a llevarme a casa en su coche. Durante el camino no me pidió explicaciones acerca de lo que me había pasado. Laura, preocupada, se despidió con un “ya hablaremos” y Elder me acompañó hasta casa. Una vez que llegamos a la calle, el coche para frente a mi puerta. Elder quita las llaves y me mira preocupado.

— Siento mucho que esto haya ocurrido Elder. — Vuelvo a llorar.

Aquella noche se había convertido en una de las peores de mi vida. Elder me coge de las manos y me mira aún más cerca, sus ojos se posan en los míos y una sonrisa sale de su boca.

— Sea lo que sea... puedes contármelo cuando quieras. Cuenta conmigo siempre.

De pronto sus labios se posaron en los míos y nos besamos durante un minuto imborrable.

Sin decir nada, respondiéndole con otro beso, salgo del coche y asomada en la ventanilla medio abierta me atrevo a decirle “Gracias”.

Elder arranca el coche y sonrojado se aleja conduciendo calle abajo. Hacia la casa del tío en las afueras de Madrid.

Al entrar en mi habitación, después de los interrogatorios de mi madre al ver el vestido de esa forma, me tumbo en la cama y lloró por la pérdida de Ganadriel pero en mi interior no puedo evitar tener una sensación de felicidad por el beso de Elder y por la derrota de Agramon.

Aquella noche se había convertido en un mar de sentimientos desmedidos donde yo fui claramente la protagonista de desgracias y alegrías.

Los primeros días de vacaciones, el sol parecía brillar con más fuerza. El calor aumentó y las conversaciones por chat y móvil con Elder también aumentaron. Aquel día intento pensar en todo en lo que Ganadriel, antes de ascender, me había contado.

«Elder guarda un secreto, debes de tener cuidado»

¿Qué podía esconder Elder? Ahora podía esperarme cualquier cosa.... ¿Podría ser un demonio?

La pregunta se marcó a fuego en mi mente, ahora no podía quitarme esa igualdad de mi cabeza. Pensaba en todo lo bueno que Elder había hecho tanto por mí como por mi mejor amiga y no veía ninguna maldad en su comportamiento. Era imposible que fuese un demonio, imposible.

Pasaron los días, tuve una larga charla con Laura y me inventé lo primero que se me pasó por la cabeza para excusarme de mi comportamiento en el baile. Ella pareció no creerme al decirle que había ido al coche y que me había tropezado, aunque con sinceridad, yo tampoco me lo hubiese creído. En cuanto a Alex, se corrió un rumor de que se había fugado a la Toscana para reencontrarse con Carla... aunque esta desmintiera esa falsa por mensaje, todos creyeron que ella lo estaba cubriendo.

—Siento mucho lo de tu ángel.

Esther apareció entre una brisa en mi habitación, al verme llorar supo perfectamente todo lo que había pasado.

—Estoy muy orgullosa de ti, derrotaste a Agramon... pero esto es solo el principio.

Esther limpia mis lagrimas con su mano y me da un abrazo tan caluroso y agradable que sentía como mis angustias salían volando de mi cuerpo hacía un lugar extraño.

—¿Sabes algo de un chico llamado Elder? Mi ángel me advirtió.

Esther convierte su sonrisa en seriedad. Me acaricia la mejilla y se pone en pie después de sentarme a mi lado en la cama.

—No debemos hablar de él. Está prohibido

Ante las palabras de Esther siento un vacío en mi interior. Algo ocultaba Elder... y mi deber era descubrirlo.

Capítulo 10

Raphael

Durante aquellos días de verano, mi madre se encontraba irreconociblemente contenta ante mis notas finales. Todos los días intentaba hacer mi plato favorito en la cocina y me deja salir incluso a horas que antes eran imposibles. Aunque ahora estábamos más distanciadas. En verano, su trabajo en el museo aumentaba con las visitas de los turistas de distintos países y casi siempre me llamaba para comunicarme que tendría que hacer horas extra. Aquella tarde había quedado con Elder para ver una película en su casa, todo había sido una estrategia de mi parte para averiguar más sobre su vida y sobre el secreto que supuestamente Ganadriel decía que guardaba.

Elder vivía en una gran casa en las afueras, pero cerca de Madrid. Cogiendo el bus me dejaba en una parada cercana a su calle.

Nunca había andado por aquellos vecindarios sofisticados. Según lo que sabía de Elder, vivía con su tío y este era un hombre de negocios que poseía bastante dinero. Todo lo que me contó de camino al baile de graduación tuvo imagen en mi cabeza a partir de aquel momento.

Entonces llegué al número 321, la casa que casi ocupaba el rango de mansión era simplemente perfecta. Tenía en la parte delantera un gran jardín protegido con una larga valla por donde crecían unas preciosas enredaderas. La casa era de estilo clásico, con dos grandes pilares que sujetaban el balcón del primer piso. La fachada estaba pintada en tonos grisáceos y poseía en la parte delantera un pequeño patio techado con escaleras para entrar en su interior, donde se encontraba la puerta principal.

Con la boca abierta al mirar todo aquello, toco a una especie de telefonillo situado junto a la puerta vallada. Una voz masculina algo fina y susurradora contesta preguntando mi identidad.

—Hola, soy una amiga de Elder. Me ha invitado.

No sabía directamente qué decir, al ver aquella escena me había quedado completamente en blanco y lo único que ocupaba mi mente en aquel momento era la imagen delantera de la casa.

— Adelante.

La puerta se abre y me deja paso al gran jardín, cubierto de un césped verde y algo mojado, estaba recién regado. Ando deprisa hacia el interior del patio techado delantero donde un señor en corbata de melena larga y ojos verdes me espera amablemente.

— Bienvenida, mi nombre es Raphael. Soy el hermano del padre de Elder.

El hombre me da dos besos. Y me invita a pasar a la casa. El interior era aún más sorprendente. Un gran piano de cola ocupaba el centro de la estancia, a su lado un gran sofá que parecía de cuero y un gran televisor plano de incalculables pulgadas. De las paredes colgaban grandes cuadros que representaban paisajes extraños, uno de ellos me llamó la atención bastante. En él una chica aparecía de espaldas y tras ella un Ángel con las alas extendidas abrazándola y una cruz colgada del cuello.

— Los Ángeles han inspirado a pintores y arquitectos del mundo. Cada vez me impresionan más.

Raphael, con una copa en la mano se acerca a mí por la espalda y me la ofrece.

— Es muy bonito.

Raphael asiente con la cabeza y me invita con un gesto de brazo a tomar asiento en el sofá.

Era el sofá más cómodo en el cual había estado sentada. En aquel momento un ladrido inunda la habitación. Un perro aparece en escena acercándose hacia Raphael, sentado a mi lado.

— Te presento a Ero. Es el perro de la familia.

El perro de aspecto de lobo se acerca a su dueño y se sienta en el hueco de entre sus piernas, de pronto algo le brilla en el cuello y al mirarlo fijamente veo que tiene colgada una pequeña llave dorada.

— Este perro es muy importante, lo tenemos Elder y yo desde que compramos esta casa. Al mudarnos.

— ¿No vivían aquí?

— No. Cuando mi hermano murió con su mujer decidimos huir, dar un giro a nuestra vida, desconectar. Nos fuimos de Berlín y ahora estamos aquí.

La idea de que antes Elder viviese en Berlín era muy extraña por un momento, tenía un acento español intachable y nunca había sospechado que era extranjero.

En aquel momento donde Raphael hacía un esfuerzo para no llorar al recordar la muerte de su hermano, Elder entra en el salón bajando por unas grandes escaleras blancas tapizadas con una moqueta rojiza.

— Veo que has encontrado la casa — me dice sonriente.

Me pongo en pie y me acerco a él, de pronto, ante su tío y sin esperarlo, me besa.

Vuelvo a sentir mi corazón acelerado de nuevo. De pronto el perro sale al jardín y Raphael se pone de pie.

— Bueno... dejo que veáis la película. Estaré en una reunión en la oficina, llamadme para cualquier problema.

Con seriedad y mirando atentamente a Elder, el hombre de pelo largo sale dando un leve portazo, dejándonos solos en aquella casa tan grande.

— ¿No me vas a enseñar la casa? — le pregunto sonriente y tímida a Elder.

Si quería averiguar cosas sobre ellos, tendrían que mirar la casa y para poder identificar qué clases de personas vivían allí debía de estar muy atenta a cada rincón de aquella casi mansión.

Elder acepta a esa especie de tour.

— Sígueme.

Comienzo a andar tras de él, empezó por guiarme por el segundo piso, subiendo las grandes escaleras llegamos a un nuevo pasillo donde grandes cuadros también colgaban de la pared.

— Mi tío colecciona arte. — Elder pareció leerme el pensamiento.

Entramos en una gran habitación atestada de libros tanto antiguos como actuales. Dos mesas de madera con dos ordenadoras portátiles en una de las esquinas y dos grandes escaleras apoyadas en las últimas estanterías para llegar a los libros más altos.

— Esta es la librería, aquí estudio y leo. Hay veinte enciclopedias y libros de todas clases: Ficción, misterio, romance, poesía, teatro... Esta es mi zona preferida.

Imagínate para traer todos los libros desde Berlín. Necesitaron un camión exclusivamente para traer todo lo que ves aquí.

Comienzo a andar alrededor de la habitación. De pronto me veo frente a una edición del libro de Enoc.

—Por eso sabías tanto sobre él —le digo señalándolo.

Elder se posiciona tras de mí y sonrío.

—¿Crees que los ángeles existen? —Me pregunta sacando el libro y pasando sus páginas rápidamente.

Trago saliva, no parecía creer lo que me estaba preguntando.

—Lo dudo mucho —digo sonriente.

Elder vuelve a guardar el libro entre sonrisas y salimos de la habitación. A continuación entramos en un pequeño cuarto con una cama y una ventana abierta a su lado, otra estantería en el fondo, una mesa de escritorio con un tercer ordenador y un pequeño televisor colgado de la pared.

—Mi cuarto, siento que esté un poco desordenado. Tengo la costumbre de siempre dejar abierta esa ventana, desde ella todas las noches puedo ver la luna entre los árboles del parque que hay al final de esta calle.

Elder parece un poco avergonzado al enseñarme aquel trocito de personalidad que era su habitación.

—¿Cuánto tiempo lleváis en Madrid?

Elder me mira y cierra la puerta.

—Desde que empezó el curso.

Para llevar casi un año en una ciudad, tenía pocas cosas en la habitación. Imaginaros el cuarto de una persona que se acaba de mudar, medio vacío. Pues el cuarto de Elder era parecido, solo que tenía ordenador y una estantería de libros.

Después de ver los dos baños, dos vestidores llenos de ropa y una terraza donde tenían varias macetas con rosas, llegamos a la habitación más interesante.

—Este es el despacho de mi tío —dice sin abrir la puerta—. Siento no poder enseñarte este espacio de la casa pero es que... son cosas de mi tío. Y la tiene bajo llave.

—Tranquilo, todos necesitamos intimidad. Es algo completamente normal, tendrá documentos importantes y cosas así que deberán de estar protegidas.

Elder no muestra ningún interés por lo que su tío guardaba tras la puerta, evita hablar del tema.

—¿Qué peli quieres ver?

Pasamos el resto de la tarde viendo Hamlet, para Elder era su obra preferida de Shakespeare y después de leerla más de diez veces, decidió ver la película aunque me confesó que le decepcionó un poco. Los libros siempre son mejores que la película. Y más si se trata de un clásico de ese calibre.

Por la tarde, casi anocheciendo volví a mi casa en el penúltimo autobús. Antes de llegar, entré en El retiro y busqué la fuente del Ángel Caído. Sumergí mi medallón en el agua después de pasar entre los setos y espere hasta que las grandes puertas blancas aparecieran frente a mí.

—Sabría que vendrías a hablarme de él.

Esther se encontraba sentada leyendo un libro en latín.

—Creo que en esa casa esconden algo Esther. El tío de Elder es un poco extraño, y él sabe algunas cosas que evita contarme.

—Deberías de hacer caso a Ganadriel, si él te dijo por tu bien que te alejaras de esa extraña familia, deberías de haberlo hecho.

—¿Por qué todos me ocultáis lo que sabéis de él? Si protejo el medallón y me arriesgo la vida por ello debo tener derecho a enterarme de las personas que me rodean... necesito saber en quien confiar.

Mis lágrimas surgieron de la nada. Estaba completamente cansada de tantos secretos y ocultaciones.

—Saber en quien confiar ya es parte de tu trabajo, yo soy un simple ángel, no tengo derecho a decirte nada, de lo que pasará en este mundo. Aunque protejas algo para nosotros eres una...

—¿Humana?

Esther queda callada ante mi pregunta. Parecía que la discusión se había acabado.

—No pararé hasta descubrir que esconde ese chico... me he enamorado de él.

Mis palabras resonaron en la estancia, yo misma me sorprendí de lo que había dicho... pero mis sentimientos hacia Elder eran inevitables.

Le doy la espalda a Esther y abro las puertas para volver a la plaza.

Esther se pone en pie cerrando el libro y dejándolo sobre su asiento.

—Pues te has enamorado de la persona equivocada

Sin despedirme salgo cerrando las puertas tras de mí. De un salto vuelvo a poner los pies en el asfalto dejando atrás el sonido del agua del Ángel caído.

Creía que lo sabía todo y me había dado cuenta de lo insignificante que era al no saber absolutamente nada.

Capítulo 11

Mi verdadero yo

Aquel 21 de julio parecía pasar lento para muchas personas, aburridos para aquellos que tenían que estudiar para los últimos exámenes de septiembre. Laura tenía que estudiar varios temas de matemáticas y todas las mañanas hablábamos por teléfono. Sus padres la habían llevado a pasar una temporada a Barcelona y allí entre raíces cuadradas y problemas logarítmicos se aburría completamente. Llegamos incluso a hablar durante más de una hora y media. Mi madre por supuesto, al ver la factura de teléfono me prohibió que lo hiciese pero era inevitable.

A las espaldas de la propia Esther había tramado un plan para averiguar el secreto de aquella casa de las afueras de Madrid donde vivían Raphael y su sobrino Elder.

Aquella misma tarde, en una de las conversaciones por chat que me había mantenido con Elder, me había confesado que aquella noche tenía que asistir a una especie de cena con su tío y que por lo tanto no podíamos quedar como lo teníamos planeado.

Era el momento perfecto para llevar acabo aquello que quería hacer, me podría meter en varios líos pero era la única forma para averiguar la verdad de aquella historia. Entraría a escondidas en la casa.

Mi madre estaba ya preparada para macharse a trabajar sobre las ocho de la tarde. Aquella noche debían de traer una nueva exposición y debía colaborar en colocar los nuevos cuadros. Me dijo que aunque no tendría tiempo de volver a cenar, que me acostara y no la esperara despierta.

El mundo parecía ponerse a mi favor.

Aquella noche cojo el último autobús y vuelvo a recorrer el mismo camino del día de antes. El numero 321 brilla ante la luz de las ventanas de la casa, todo se encontraba completamente a oscuras.

De pronto, el coche que me había llevado al baile junto a Elder sale de la casa con Raphael al volante. Al cerrar las puertas, las luces del jardín y demás exteriores se apagan en un mar de tinieblas.

El coche se aleja entre la oscuridad de la calle y aprovecho para iluminar mi camino con una linterna que había traído conmigo. Trepo por el muro y salto hacia el interior del jardín donde el césped estaba aún más mojado que la otra vez.

Ando sigilosa sin acordarme de Ero, el perro del colgante. Al pensar en aquella especie de lobo siento miedo entre tanta oscuridad. Miro a mi alrededor pero no hay presencia del animal.

¿Cómo podría entrar en la casa? Comienzo a pensar mientras ando sin rumbo fijo. Miro al cielo y averiguo la luna llena que reinaba sobre mí. Entonces recuerdo la ventana abierta de Elder, aquella que nunca cerraba y que si tenía suerte podría entrar por ella.

Ando hacia la parte trasera de la casa, aún sin rastro del perro y miro hacia arriba donde las cortinas sobresalían blancas y transparentes.

—¡Esta abierta! —grito de alegría sin darme cuenta que estaba en territorio ajeno y que si me pillaban podría acabar en comisaría.

Comienzo a escalar por las enredaderas prometiéndome a mi misma no mirar hacia abajo y de un salto acabo en la cama de Elder, dentro de la casa. El cuarto se encontraba con la puerta cerrada entre tinieblas. Bajo de la cama intentando no desarmarla y abro con cuidado la puerta.

Continúo andando por el pasillo hasta encontrar la puerta cerrada del despacho de Raphael. Intento abrirla pero descubro que continuaba cerrada con llave tal como Elder me había dicho aquella tarde.

¿Dónde podría estar la llave?

Un gruñido se escucha tras de mí, luego un ladrido.

Temblando con la linterna en la mano me doy la vuelta y descubro al perro. Con la luz de la linterna ilumino sus filosos colmillos blancos que sobresalían de su mandíbula. Entonces brilla su colgante “una llave, la llave”.

El perro vuelve a ladrar y la linterna cae al suelo del susto. De pronto su pelo negro carbón comienza a desaparecer convirtiéndose en una piel oscura y escamosa. Sus colmillos se quedan intactos pero asomados esta vez en una mandíbula casi humana. Y su cuerpo se pone erguido sobre dos piernas esqueléticas. Sus ojos se vuelven blancos completamente y sus ladridos se convierten en gritos.

La llave aún colgada de su cuello continúa brillando como el oro ante el reflejo de la linterna que iluminaba desde el suelo.

Se lleva una mano a la espalda y saca una espada negra como la de Agramon.

—¡Intrusa, intrusa, intrusa...!

Aquella cosa comienza a gritar “intrusa “una y otra vez sin dejar de levantar la voz. De pronto su espada se alza y no tengo con que defenderme. Llevo las manos hacia el colgante, cierro los ojos y ante mí aparece una espada con dos alas y el nombre de mi padre marcada en la hoja.

Rápidamente la cojo entre mis manos y hago que choque contra el ataque del demonio.

El sonido de las espadas resuena en aquel tramo de la casa entre los gritos del demonio.

Finalmente, el demonio tropieza con la linterna que continuaba en el suelo y cae boca arriba. Sin darle tiempo a esquivar mi ataque, le corto la cabeza con la espada. Un fuego azul recorre todo su cuerpo y se convierte en polvo sobre aquella moqueta roja.

La llave sobresale sobre aquel montoncito de polvo gris, orgullosa, la cojo entre los dedos y la encajo en la cerradura. Con intriga giro el pomo y la puerta se abre ante mí mostrando algo increíble.

La habitación estaba completamente vacía, lo que se rumoreaba que era un despacho no tenía muebles ni estanterías ni ordenadores como las otras habitaciones. Esta vez no había nada de eso, solo una gran pared de cristal a su fondo donde una luz amarilla brillaba con tanta fuerza que hacía daño en los ojos. La estancia se encontraba completamente iluminada por esa luz que era casi hipnotizadora.

¿Qué era eso?

Me acerco al cristal que cubría la luz y la miro aún más cerca, con más detalle.

—Sabía que vendrías.

A mis espaldas, junto a la puerta se encontraba Elder con una espada en la mano. Aquella luz comenzó a brillar más ante su presencia.

Miro a Elder entrar en la estancia con la espada alzada. La luz aún es más grande, más viva, más brillante.

— ¿Qué eres?

Mi pregunta resonó en la habitación por unos segundos hasta que la respuesta de Elder me fulminó.

— Es obvio ¿No? Soy un demonio... y por eso estoy aquí. Para robar el colgante.

Elder me mira el cuello, el colgante.

Quedo callada, y siento una furia en mi interior, Ganadriel (Alex) tenía razón, debí alejarme de él cuando me lo dijo.

Unas lágrimas salen de mis ojos y siento que no debo venirme abajo. Todo el amor que sentía por Elder salió esfumando de mi cuerpo cuando alcé mi espada como lo hacía él.

— Ya sabes lo que tienes que hacer para conseguirlo. Matarme. — grito mirándolo con rabia.

A Elder parece dolerle por un segundo lo que escucha, con la espada en la mano y dando un grito de lucha corre hacia mí y comenzamos a luchar. Las espadas cambian de posición rápidamente, la lucha es rápida y totalmente mortal.

Estar luchando a muerte con el amor de mi vida fue la prueba más dura que el universo pudo poner en mi camino aquella noche.

La luz brilla con más intensidad haciéndome cerrar los ojos antes su reflejo. Caigo al suelo y la espada se me resbala de las manos deslizándose por el suelo y quedando a unos metros separada de mí.

Elder se acerca, se posiciona sobre mí de pie y sube la espada...

Yo cierro los ojos sabiendo que era mi fin y espero mi muerte tumbada en aquel suelo frío.

Pero Elder baja la espada, y con la mano me arranca el medallón.

Entre lágrimas veo como lo sujeta.

— Ahora tendrás la gloria, el poder... serás recompensado por Satanás ¿No?

Grité aquellas palabras que salieron desde lo más profundo de mí ser.

Pero entonces veo la expresión de Elder, con el medallón colgando entre sus manos.

— Un momento... no ha cambiado de color.

Miro el medallón y compruebo mis palabras, recuerdo cuando Agramon lo cogió entre sus manos como se puso de un color rojizo casi irreconocible.

“El medallón cambia de bando en el mismo momento en el que es arrebatado. Aunque es angelical, si se posa en un demonio, su poder servirá para hacer el mal, para que millones de desgracias nublen la tierra.” Recuerdo en un minuto las palabras de Esther.

El medallón en manos de Elder continuaba siendo igual de brillante y puro que cuando tocaba mi piel.

—No eres un demonio... eres... un ángel.

Las palabras hicieron que Elder cayese al suelo de rodillas. Entre lágrimas se tiró al suelo y comenzó a llorar de una forma descomunal, derrotado y completamente hundido.

Me arrastro hacía él y le acaricio el pelo. Él, al sentir mis manos, se aparta.

—¡No soy un ángel, no soy nada!

Vuelve a llorar derrotado.

—Raphael me secuestró, me arrastró del cielo a la tierra y me robó las alas, mi forma angelical. Me dijo que me lo devolvería si conseguía el medallón que tú protegías. Yo obtendría mis alas, mi forma angelical de nuevo y así podría volver al cielo. Y él tendría el respeto de “El jefe” al llevarle el medallón a Satanás.

Entonces miro la luz y comprendo lo que es... el alma de Elder, sus alas.

—Él no está ahora, no tienes porque llevarle el medallón. Cógelas y huye.

Elder aún llorando y sin mirarme a los ojos niega con la cabeza un par de veces.

—Solo el que me las arrebató puede devolvérmelas. Y para eso debo entregarle esto.

Vuelvo a acercarme a él. Y lo abrazo con todas las fuerzas.

—Deja que te ayude.

Elder levanta su rostro y me mira con lágrimas aún en los ojos.

—¿Por qué quieres ayudarme después de todo lo que te he mentido? No me merezco tu ayuda, solo tu desprecio.

Con las manos vuelvo a hacer que levante el rostro y sus ojos vuelven a encontrarse mágicamente con los míos.

—Porque te quiero.

Sin decir nada más, Elder y yo nos besamos entre aquella luz que le pertenecía. Entonces sabía que él sentía lo mismo por mí. Nos habíamos enamorado el uno del otro. Él se encontraba en peligro y yo debía ayudarlo a recuperar su verdadera forma.

Capítulo 12

Un lugar en el infierno

Raphael aparece enfadado en la casa. Su aspecto serio y despeinado daba respeto, miedo e incluso terror. Entra en la casa dando un fuerte portazo rompiendo incluso la pequeña cristalera de la puerta.

Elder se encuentra sentado en el sofá jugueteando con mi medallón y yo escondida en el segundo piso, lo miraba todo desde el hueco de las escaleras. Desde que Raphael entró en la casa, el plan había comenzado.

—¿Que ha pasado! Espero que sea algo tan importante como para hacerme volver del infierno.

Elder sonriente lo miraba.

—Creo que es muy importante. Tengo lo que tanto deseas.

—¿Tan importante como para hacerme quedar en evidencia ante “El jefe”?

El chico muestra el colgante entre sus manos. En ese momento Raphael abre los ojos como platos y corriendo se acerca hasta el ángel.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó contento mientras no le quitaba la mirada de encima.

—He matado a la chica.

De pronto Raphael no dijo nada, queda callado y comienza a mirar a su alrededor.

—Es imposible que un alma tan pura haya hecho algo tan... común en mí. Me estas mintiendo.

Raphael extiende las manos, el suelo se resquebraja y de él entre llamas sale una espada. Elder mira hacia arriba buscando una señal, todo lo que habíamos planeado había desaparecido de nuestras mentes.

Raphael empuña su espada y la alza lo más alto que sus delgados brazos pueden permitir.

—Dame el medallón... y el trato será oficial. Dame el medallón y te devolveré tus alas, tu forma angelical. Dame el medallón y dejarás de ser por fin un simple humano.

De pronto extiende su mano derecha dejando ver unas largas uñas negras.

—Dámelo —repite relajado mientras el suelo parece romperse a trozos.

Elder se pone en pie y con el medallón en la mano se acerca a Raphael. A unos centímetros de su mano Raphael parece más avaricioso, más diabólico y sobre todo más mentiroso.

—Dámelo y obtendrás todo lo que te quité.

Elder mira a Raphael a los ojos y llenos de furia transmite su decisión.

—¡Jamás lo tendrás!

En ese momento tira el medallón hacia el segundo piso y cae justamente a mi lado. Yo vuelvo a ponérmelo en el cuello.

Raphael comienza a reír de forma exagerada.

—Nuca te puedes fiar del bando de los buenos. —De pronto mueve su espada en dirección a Elder.

Elder saca su espada de la nada y los dos comienzan un duelo. El humo inunda la estancia y el suelo continua desapareciendo por uno de los extremos de la sala convirtiéndose en vacío y tinieblas. El propio infierno se estaba manifestando.

Yo con mi espada aún en la mano, bajo rápidamente las escaleras y ayudo a Elder a derrotar a Raphael.

—Mira por donde ¡Tenemos una invitada!

Raphael empuja a Elder a un lado, desarmándolo completamente y nos deja a los dos luchando el uno contra el otro. El demonio mira el medallón y sabe perfectamente lo que tiene que hacer para conseguirlo, acabar con mi vida.

Su espada colisiona cada vez con más fuerza contra la mía. De una patada Raphael cae al suelo e intento apuñalarle. Pero su espada detiene el camino de la mía, me levanta por el aire y me hace caer en aquel agujero de fuego desde donde se podía ver el propio infierno.

La espada cae hacia abajo, en un mar de lava ardiente y yo me sujeto con ambas manos al filo de aquel suelo que aún no ha caído. Aquel agujero se hacía cada vez más grande y mis manos comenzaron a quemarse de las altas temperaturas que por aquel brotaban.

Elder vuelve a ponerse en pie, con su espada en la mano e intenta volver a enfrentarse a Raphael. Dándome algo de tiempo para intentar subir.

Con los brazos y la ayuda de una de las piernas, consigo volver al centro de la batalla.

En aquel momento a Raphael se le escapa la espada pero comienza a luchar con su cuerpo. De pronto comienza a esquivar todos nuestros movimientos de una forma rápida y espectacular. Saltaba, se apartaba y conseguía que la hoja de la espada no le tocara.

De un puñetazo, con su fuerza sobrenatural, vuelve a derrotar a Elder que queda inconsciente en el suelo.

Sonriente vuelve a mirarme a mí, como si de sus ojos brotasen llamas de fuego.

—Y así el mal gobernará la tierra, arrebatando cada alma pura y despojándola de todo bien para convertirla en algo sin vida, sin remordimiento y llena de mal hasta el último milímetro.

De una patada aparta mi espada de mis manos, se acerca a mí y me levanta del suelo cogiéndome del cuello. Comenzando a estrangularme.

El aire comenzaba a faltarme y parecía que mis ojos iban a salirse de sus cuencas. Comienzo a verlo todo más y más borroso y noto un calor que me rodea completamente.

—“El jefe” me recompensará dándome el poder absoluto.

En ese momento una espada lo atraviesa.

Con un grito de dolor descontrolado me suelta del cuello y me deja caer al suelo donde poco a poco voy recuperando el aire.

Raphael cae de rodillas con una herida de donde brota un líquido negro repugnante.

Los dos nos acercamos a él y con la espada en la mano Elder se posiciona cara a cara.

—¡Vuelve a ocupar tu lugar en el infierno!

Y en ese momento le corta la cabeza haciéndole brotar aquel fuego azul que los convertía finalmente en ceniza.

Con un gran temblor de tierra, aquel agujero infernal en el suelo comenzó a cerrarse de tal forma que todo volvió a quedar como antes.

Elder tira su espada al suelo y dando un leve suspiro me mira con felicidad anunciándome la victoria en aquella batalla. Me acerco a él y le doy un fuerte abrazo.

Una vez en el segundo piso, Elder mira con una sonrisa aquella luz cegadora que contenía su verdadera naturaleza de ángel. Yo a sus espaldas lo miro algo cansada y triste a la vez. Ahora que todo había acabado debía volver al lugar al que pertenecía, más allá de las nubes.

—¿Estás preparado? —le pregunto poniéndome a su lado y contemplando aquella luz tan brillante.

Elder tarda en contestar, pero me mira con aquella sonrisa tan característica en él.

—Ahora puedes volver a ser como eras —le digo tocándole el hombro.

—No quiero, no estoy preparado para volver.

Un silencio nubla la habitación durante unos segundos.

—Si no es contigo.

Elder me besa y ambos nos abrazamos ante aquella luz celestial que comenzó a apagarse ante la renuncia del Ángel dejándonos ver la luz de la luna llena. El cielo tendría que esperar.

Epislogo: Por toda la eternidad

Esther se encontraba sentada en aquel sillón blanco, su vestido sedoso la hacía aún más pálida y su pelo rojo destacaba a más no poder.

—Entonces, Elder será humano... renunció a la inmortalidad por estar contigo.

Mientras Esther asume todo lo ocurrido, yo asiento con la cabeza dándole otro sorbo al té. Esther me contó el motivo por el cual ella no me hablaba sobre Elder, todos creían que había dejado el cielo, que se había convertido en un ángel caído y que se había unido a Raphael para luchar contra los de su especie. Raphael había jugado bien sus cartas para que nadie supiese que él lo había retenido y le había quitado su apariencia angelical. De ahí el motivo de la advertencia de Ganadriel (Alex) y de la competencia y la tensión que siempre hubo entre ambos. Todo había sido un gran malentendido.

—Elder ha vendido la casa y se ha comprado un pequeño apartamento cerca de la mía y una moto. Con el resto del dinero va continuar estudiando en la mejor universidad. Como un humano normal hasta que el cielo lo reclame.

—Me alegro muchísimo por él y por ti... pero me encantaría saber algo.

Esther me mira sonriente con la taza de té en la mano. Aquel día el refugio parecía tener un blanco más luminoso.

—¿Recibiste la espada de tu padre, verdad?

Quedo callada por unos minutos recordando aquella espada con dos alas y el nombre de mi padre gravada en su hoja.

—Sí, el medallón la trajo hasta mí. Pero calló por aquel agujero subterráneo... ahora estará totalmente destruida por la lava.

Esther sonrío de forma muy peculiar.

—Se me olvidó mencionarte que las espadas son indestructibles ¿Verdad?

Esther me confesó que la espada volvería en un momento de máxima necesidad y que nunca la perdería. Así cada vez que estuviese en peligro, una parte de mi padre estaría siempre conmigo, protegiéndome.

Una vez caída la noche, salgo del parque ilusionada y feliz.

—¿Ya has hablado con ella? —me pregunta Elder sentado en su moto.

—Sí... lo ha entendido todo.

Elder me abraza y me ofrece su mano para montarme en el asiento trasero.

—Bueno... ¿Cuál será nuestro próximo destino?

Me abrazo a su cintura y apoyando la cabeza en su espalda pienso en todo lo que vendrá.

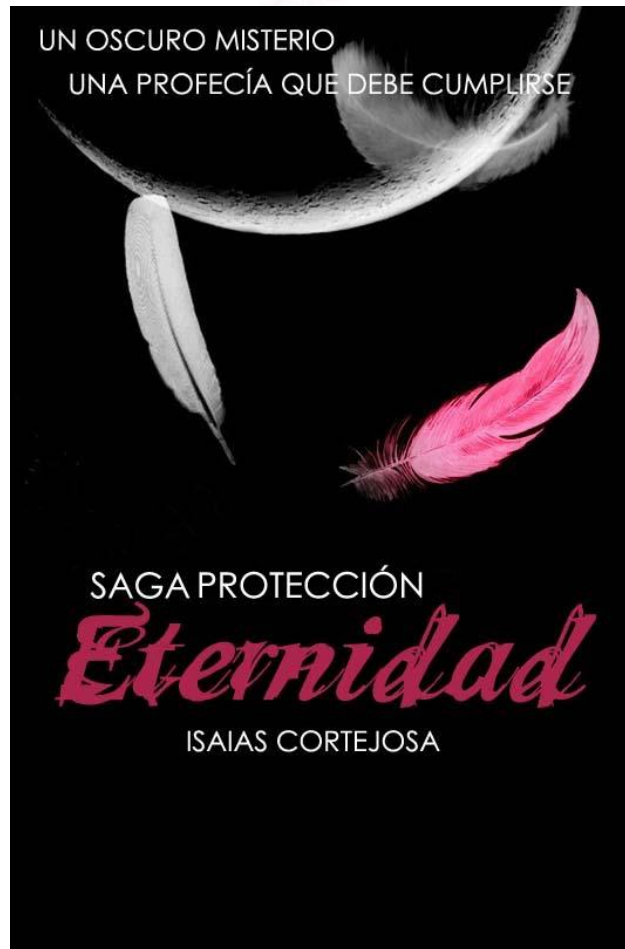
—Por ahora... a casa.

Elder sonrío, arranca la moto y ambos nos perdemos en la oscuridad de la calle, ahora comenzaba nuestra vida. Una vida probablemente llena de riesgos y de peligros pero ante todo una vida feliz. Hasta que el cielo nos reclame.

“De la mano caminaremos juntos por el pasaje de la vida. Caminaremos unidos mirando todo lo que nos rodea, con orgullo y valor, luchando contra la maldad, la codicia y la crueldad. Plantando cara a cada bache que puede impedir nuestro avance para así poder continuar. Con la fe y las únicas esperanzas de tenernos el uno al otro, sirviéndonos de apoyo y protección. La tierra será testigo y el cielo nuestro próximo destino, donde estaremos juntos y de la mano por toda la eternidad. “



Continúa esta historia con *Eternidad...*



¡¡Muy pronto!!

Esta es una Publicación de:



Créditos:

- **Corrección**
Lia Belikov
- **Edición:**
Fangtasiia
- **Diseño de Carátula**
Isaías Cortejosa
- **Diseño de Documento:**
Clyo

Contactanos en:

ediciones-frutilla.blogspot.com

OJO

Este PDF y su contenido es propiedad de Ediciones Frutilla © Todos los derechos reservados, Prohibida su copia, venta y distribución no autorizada.